

RUBÉN BUREN

LOS ESCENARIOS MÁGICOS DE
EL SILENCIO DE
LA CIUDAD BLANCA



Lectulandia

De la sinopsis de *El silencio de la ciudad blanca*:

Una ciudad aterrorizada por el regreso de unos asesinatos rituales. Un experto en perfiles criminales que esconde una tragedia. Un thriller hipnótico cuyas claves descansan en unos misteriosos restos arqueológicos.

Los escenarios mágicos de «El silencio de la ciudad blanca» nos introduce dentro de la arqueología, la mitología y las leyendas de Álava que encontramos en la novela: *El silencio de la ciudad blanca*.

Lectulandia

Rubén Buren

**Los escenarios mágicos de «El
silencio de la ciudad blanca»**

Trilogía de La Ciudad Blanca - 1.5

ePub r1.0

Titivillus 08.11.2017

Título original: *Los escenarios mágicos de «El silencio de la ciudad blanca»*

Rubén Buren, 2017

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A José Manuel Lechado,
por los viajes que nos quedan*

ÁLAVA, TIERRA DE MISTERIOS

Como diría el vitoriano Enrique Echazarra, que ha recopilado decenas de lugares misteriosos por tierras vascas, «el escéptico no niega, simplemente duda». Así nos encontramos con la mitología vasca y, en concreto, con la de Álava. Una tierra de profundas creencias, de noches largas de lluvia, de naturaleza salvaje, de caballeros y monturas, de pasos fronterizos. Un lugar donde las cosas no siempre son lo que parecen.

Este libro trata de dar un paseo, si es posible acompañado, por algunos de los misterios con los que nos podemos topar si recorremos la senda de algún pueblo perdido, de esos que han quedado deshabitados por el éxodo urbanita o por misteriosas plagas y enfermedades.

La ruta de los dólmenes, por ejemplo, nos lleva al pueblo del Sacamantecas, Juan Díaz de Garayo. Hay quien dice que el asesino en serie volvía al dolmen de Aizkomendi, en su pueblo, Egilatz, para recuperarse de las atrocidades que cometía. Como si el monumento le devolviese la cordura. Quizá las cometía privado de su voluntad, y no loco, como luego veremos, sino en un estado de alterada conciencia. Si estamos cansados de la ciudad, podemos airearnos utilizando el pasadizo que José Bonaparte mandó construir para visitar a su amada en el palacio de Montehermoso y buscar algún resto del tesoro español perdido en la huida de los franceses.

El misterio de Ochate, donde se dice que hay contactos reales con el más allá, nos eriza la piel. Al mismo tiempo nos intrigan el enigma de San Vicentejo, que parece ser una oculta construcción templaria, o las particularidades del condado de Treviño, una isla burgalesa en medio de Álava.

Vamos a dar una vuelta por la provincia. Eso sí, si es de día, mejor que mejor.

TREVIÑO Y EL MISTERIO DE SAN VICENTEJO

Para combatir las exaltaciones de espíritus calenturientos, a los que pareciendo poco el territorio de sus minúsculos estados, querían expansionarlo aumentando a costa de los limítrofes, sacando de sus cretinos cerebros razonamientos que pudieron tener eco en los brumosos tiempos de la Edad Media, me dediqué en mis ratos de ocio a reunir estos apuntes, para defender a Castilla, y en ella a mi querida provincia de Burgos, y a demostrar con ellos al amorfo Euskadi que no tenía por qué retrotraer su frontera hasta el Ebro ni absorber territorios castellanos que, como el Condado de Treviño, nunca fueron vascos.

Este es un extracto del ensayo que, en 1920, escribe don Julián García Sáinz de Baranda sobre el condado de Treviño. Don Julián cita al escritor alavés Becerro de Bengoa, que en su obra *El libro de Álava* llama «verdadera isla castellana» al famoso condado regado por el río Ayuda y el Somayuda, en las faldas de la cordillera de Zaldiarán.

Con sus veintisiete kilómetros de norte a sur y once de este a oeste, el condado de Treviño aún pertenece administrativamente a Burgos, aunque si lo observamos en el mapa, cual isla, esté enclavado en Álava. Si nos basamos en la historia antigua veremos cómo los autrigones, caristios y várdulos, que poblaban la zona en el siglo II d. C., mantuvieron su lengua y costumbres particulares a pesar de la romanización. Caro Baroja nos comenta que Treviño viene de *Trifinium*, y defiende que el condado figura dentro de los límites del euskera históricamente hablando. Otros especialistas datan la pérdida de este idioma en la zona a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

El condado de Treviño fue fundado oficialmente en 1161 por el rey de Navarra Sancho VI el Sabio, a raíz del primitivo monasterio de San Fausto levantado en 1068. En 1200 pasa a ser propiedad de Castilla tras la victoria de Alfonso VIII el Noble, el de las Navas de Tolosa, contra el rey navarro Sancho VII el Fuerte. El monarca castellano, guerrero donde los hubiese, asedió Vitoria, Guipúzcoa y el Duranguesado en 1199. Eso hizo que el navarro pactase con los almohades para que atacasen Castilla y Alfonso tuviera que levantar el asedio contra San Fausto, pero no lo logró. Así, Navarra pierde una importante porción de su territorio. Se firma en 1207 una tregua por cinco años en Guadalajara, Navarra no reconoce la pérdida de los territorios, pero su tácita inacción hace que los de Treviño se consoliden como castellanos.

El condado era un lugar de paso. Como en toda la Edad Media, las encrucijadas de caminos, de mercados y comercios fueron floreciendo y aún más si se tenía, como

en este caso, una aljama de judíos que manejaran el capital y estructurasen el lugar.

Enrique II, primer rey de la casa de Trastámara, fue de esos monarcas inquietos de la época que traicionaba sus alianzas al mismo tiempo que juraba lealtad. En sus largas batallas acabó trabajando para el rey de Francia, donde consiguió el apoyo para destronar a su hermano Pedro I. Después de muchas carambolas, batallas perdidas, huidas de la cárcel y demás aventuras, fue proclamado rey en Calahorra en 1366. Pero ya debía demasiados favores a nobles y prestamistas y se sentó a resarcir sus deudas pagándolas mediante el reparto de títulos y riquezas. Eso le valió el sobrenombre de *el de las Mercedes*. Así concedió a Pedro Manrique la villa de Treviño de Uda y sus aldeas, pasando la zona de realengo a señorío. Más tarde, Diego Gómez Manrique, bisnieto del anterior, recibió el título nobiliario de conde de Treviño en 1453. Este Gómez de Treviño resultó ser un gran aficionado a la poesía y al teatro, tanto es así que años más tarde nació en la familia Jorge Manrique, uno de los más grandes poetas del prerrenacimiento español, famoso por su obra *Coplas a la muerte de su padre*, dedicada a Rodrigo Manrique, hermano del conde. Lope de Vega llegó a decir que aquellos poemas deberían estar «escritos con letras de oro» por la calidad de sus versos.

Desde el siglo XIV Treviño ya depende directamente de la Corona castellana y no participa de los fueros alaveses. Con la reordenación territorial que hace Javier de Burgos cuando redacta la *División territorial de España en 1833*, prima el orden jurídico al geográfico, y Treviño es legalmente reconocido como territorio burgalés.

Como vemos, el enclave ha sido un conflicto constante entre los diferentes Gobiernos, que han recibido continuas peticiones para que se convirtiera en territorio del País Vasco, como así lo hizo saber en 1917 y en 1919 la Cámara de Comercio e Industria de Álava. Incluso el Gobierno Civil burgalés hizo una consulta popular en 1940, que le salió rana porque la mayoría prefería pasar a formar parte de Álava. Por supuesto, el Gobierno hizo caso omiso de la petición. Ya en 2013 la corporación municipal del condado, después de la moción de censura contra la alcaldesa del Partido Popular, envió una petición de segregación al Gobierno de Burgos, que emitió semanas después un informe desfavorable.

Sin duda, es un enclave suficientemente interesante como para escribir ríos de tinta. Y más durante finales del siglo XIX y todo el XX, con el auge constante de los nacionalismos en Europa y de la búsqueda de las raíces culturales, emocionales y geográficas.

En este enclave histórico se encuentra la ermita de la Concepción. Dedicada en un principio a san Vicente, pertenece a la pequeña localidad de San Vicentejo, que actualmente, con la desertización social de los pueblos en favor de los núcleos de trabajo urbanitas, cuenta con cuatro o cinco vecinos, alguno más en verano. En el siglo XVI se documenta el lugar como Sant Vicent, mientras que en el XVIII figura como San Vicente de los Olleros. Es un templo de nave única, de estilo románico, de unos dieciocho metros por diez, edificado con piedra sillar de caliza clara, con marcas

de, al menos, media docena de canterías. Tuvo dos fases de construcción: la primera, ejecutada por profesionales que quizá la abandonaran para marcharse a trabajar en la catedral de Santiago de Compostela, y la segunda, realizada por un equipo de chapuzas de la época que le otorgó ese aspecto desaliñado. Al menos, eso comentan los expertos en arte. Luego veremos que nada es tan casual. El interior del templo es sobrio, con una buena decoración en sus capiteles, pero poco más.

Uno de los misterios es su fecha de construcción, y para contribuir al despiste está la inscripción que aparece en la portada: «En nombre de nuestro señor Jesucristo, fue edificado este templo en honor de San Vicente en la era de MA C...», y lo que sigue aparece borrado. A partir de ahí, diferentes historiadores han situado la fecha entre 1102 y 1190. Cada uno según su interpretación.

El óculo abierto sobre el tejado de la pequeña iglesia es otro de los elementos enigmáticos que nos despistan al llegar. Hay dos óculos o aperturas circulares, como un huevo cósmico cuyos anillos tienden hacia el centro. Pero lo llamativo es que el óculo que se encuentra en el tejado del ábside apunta directamente a Ochate, el misterioso pueblo del que luego hablaremos, en concreto a las ruinas de la ermita de Burgondo. Este «ojo de San Vicentejo», como se le llama, no es casual, ¿por qué si no iban a descolocar todos los sillares alrededor de él para conformarlo? El que lo diseñó se tomó todo tipo de molestias para que quedara de esa manera. Quizá el vértice del tejado conforma el famoso triángulo con el ojo en el centro, representación muy conocida en el mundo esotérico y que luego pasó a ser símbolo de la masonería como el «ojo de la providencia».

Alberto Quintana de León, no contento con la especulación, realizó unas mediciones sorprendentes junto al topógrafo Fernando Valledor. Entre la ermita de San Vicentejo y la iglesia de Burgondo de Ochate hay exactamente 2000 metros, y de ellas a las ruinas de San Pedro de Chochat hay exactamente 1012 metros. ¿Qué quiere decir esto? Que forman un triángulo isósceles perfecto y este tipo de triángulos invertidos aluden a múltiples simbologías de carácter masónico, esotérico, o a alguna hermandad medieval. La luz que parte del ojo se filtra en el interior de la iglesia señalando quizá algo que ya no esté, pero que estuvo un día, nunca lo sabremos.

La pareja hermética o matrimonio alquímico es otro de los llamativos misterios del edificio. Se trata de dos seres humanos tumbados con una forma algo extraña, ya que el tamaño de sus cabezas y cuellos son desproporcionados, y que nos pueden recordar a las formas extraterrestres tan largamente reproducidas por las revistas de misterio. Elementos que según algunos divulgadores son el símbolo de iniciación de *A-Mor*, que se encuentra en la vía húmeda de la alquimia. La pareja se sujeta mutuamente el rostro, en actitud cariñosa, y la verdad es que no parece una imagen demasiado religiosa.

Varios buscadores de psicofonías aseguran que han grabado pequeñas frases y piezas de difícil catalogación como «La torre está en llamas», «Usted sigue vivo», «Abro yo» o «Un aborto». Cada cual que saque sus conclusiones e investigue en las

supuestas psicofonías que están a disposición del público en Internet.

Uno de los misterios más investigados por los historiadores es el de los dos grupos de trabajo que construyeron la iglesia. El primero poseía unos conocimientos arquitectónicos y ornamentales desconocidos o poco utilizados en la Península. Demasiado complejos para la época. Podrían ser buenos conocedores de las técnicas de construcción musulmanas, y su labor escultórica es de un nivel solo equiparable al del mejor románico europeo, como Cluny, Santa Sofía de Constantinopla, la mezquita de Córdoba o la catedral de Santiago. Quizá este equipo fue el que se trasladó a Santiago e integró el grupo de trabajo de la cripta.

Hay quien defiende que nada en San Vicentejo es casual: los vanos cegados que no dejan pasar la luz, la puerta exterior cubierta de piedras, unos nombres arañados en la piedra: «Tomas, Vicenti, Pantalonis, Marina, Petrus y Andreas». ¿Quiénes pueden ser? Hay quien defiende que son los nombres de los santos a los que se veneraba en el templo, pero, realmente, nunca lo sabremos. Lo único que podemos constatar es que fueron escritos improvisadamente sobre uno de los muros.

La portada contiene varias columnas. Una de ellas, de color rojizo, tiene labrada una estrella de seis puntas, el sello de Salomón, y en el lado contrario la estrella de cinco puntas, la de David. ¿Podría ser la entrada a la puerta de la sabiduría? Esto, según Quintana, puede apuntar de nuevo al templo como un lugar de iniciación de alguna hermandad.

Quizá tenga relación con los hermanos de la orden de San Juan de Jerusalén, muy cercanos a los templarios y hospitalarios. Quizá la iglesia no tuvo solo un carácter religioso, sino también militar, o de lugar de reunión de órdenes diversas.

Antes de la restauración de 1963 encontramos alguna fotografía con elementos que fueron tapados. En una de ellas podemos observar una lápida sepulcral de origen nobiliario, con un escudo de armas a un lado y un símbolo del Cristo protector (*Iesus Hominum Salvator*, abreviado como IHS) o, quizá, un crismón templario. El problema es que no conocemos dónde fue tomada exactamente la fotografía que permanece en el archivo histórico de Álava. Quizá tenga que ver con la cruz de Malta que ha sido descubierta en la antigua portada románica de Ochate, el símbolo de los Caballeros de San Juan de Jerusalén. Esto abre una nueva vía para alinear la zona con los templarios.

Expertos en iconografía han hallado una enorme carga esotérica tanto en el edificio como en los ornamentos escultóricos. La importancia de los números: trece sillares bajo los arcos protogóticos, diecisiete sillares bajo los trilobulados, veinticuatro capiteles, etcétera.

Misterioso también es el documento del obispado de 1885 del Archivo de Calahorra que dice: «Hay una ermita en estado ruinoso, y no se usa, llamada por el vulgo de la Inmaculada Concepción; pero según se deduce de algunos escritos tal vez sea San Vicente». ¿Quiere esto decir que estamos ante una ermita, un templo, de carácter privado? Si tenemos en cuenta la meticulosidad con la que la Iglesia hacía

los estudios sobre sus posesiones es, cuando menos, interesante que a esta no le hicieran mucho caso.

En el mismo ábside se encuentra un sillar plagado de cuatros, puede ser una marca de cantería, pero ¿para qué marcarlo tantas veces en un solo sillar? Quizá tenga algo que ver que el mismo símbolo esté grabado en el cuello de la figura femenina de la pareja tumbada.

Quintana también nos habla de los restos de policromía en alguna de las paredes, con motivos florales, en concreto, lirios. El lirio, en la iconografía cristiana, representa la pureza, es la flor real que aleja a las serpientes, es el símbolo de Gabriel, el ángel de la Anunciación, y el de los padres de la Virgen, Joaquín y Ana. Aunque también posee una simbología en el mundo esotérico como metáfora de la palidez de la muerte.

Eduardo de Ontañón, en un artículo publicado en el periódico *El Crisol* de Madrid el 2 de junio de 1931, critica la falta de escrúpulos de algunos anticuarios que, dinero en mano, recorrían el país expoliando el patrimonio histórico ante la pasividad de las autoridades. Todo se personaliza en un tal don Diego, y refiriéndose a San Vicentejo decía lo siguiente:

Así se llega a San Vicentejo, un pequeño pueblo olvidado, casi sin importancia. Un pueblecillo rebujado en las primeras ondulaciones vasconas. También a él han llegado los anticuarios. Y el tal don Diego, formidable escenógrafo de Castilla. Oír su nombre es la más segura noticia de transformación en el paisaje. Por lo visto, se trata de un avisado personaje al servicio de la antigüedad.

—Entonces, aquí hubo una ermita...

—Sí, señor, y la hay todavía.

Allí está, a la entrada del pueblo. Se trata de una antigua iglesia, con la puerta rota, hoy sirviendo de cuadra. Una antigua iglesia por cuya portada asoman labores —en fustes y capiteles— al gusto mozárabe. También por las paredes se descubre algún relieve prerrománico, embutido en el lugar que ocupa, por culpa indudablemente de algún arreglo que se haría hacia el siglo XIII a juzgar por las arquerías del ábside. El interior, presidido por la primitiva mesa de altar, está adornado por las más finas líneas del románico. Por algún capitel asoma la hoja cárdena; por algún alero, el ajedrezado. Pero, en general, es la línea primitiva, la ornamentación pura y escueta, quien preside.

Los pies se hunden en la paja. Por las paredes trepa el renegrido que da la huella del humo. Unos chicos juegan con piedras en la puerta. Pues a pesar de todo, el bueno de don Diego, desconocido y negociante, ofreció hasta treinta mil pesetas por ella.

—El señor amo le pidió hasta veinticinco mil duros, que ¡hay que ver!...

—¡Y eso sin la cruz! —agrega el viejo maledicente. Este viejo que sabe las cosas en los pueblos y que recuerda que San Vicentejo tuvo una cruz de mucho mérito, recortada en hierro, que ahora la tiene en su casa el cura de Uzquiano, según me dice.

Pero bien. Todos estos tratos entre Diegos, curas y señores amos los desbarató la República viniendo a pie por los caminos de España.

Así lo reconoce mi informador:

—Desde que llegó, no se ha vuelto a oír hablar de estas cosas.

De hecho, el templo actualmente sigue en manos privadas, las de la familia Martínez de Aragón, descendientes del aviador, fiscal del Estado, presidente del Consejo de Estado y gobernador civil de Álava en la II República. La ausencia

aparente de iconografía cristiana nos da una clave del carácter privado, militar o perteneciente a caballeros templarios u hospitalarios.

Quizá todos los misterios de su construcción, de la ubicación en Treviño como enclave esotérico y de su cargado contenido histórico, de la relación con los templarios y del templo extrañamente inacabado, tengan una respuesta que se ha perdido a lo largo de los siglos. O quizá fueron ocultados para que ninguno la conociéramos. Lo cierto es que existen demasiados enigmas sin resolver, que hasta al más pragmático de los historiadores le hace mirar para atrás cuando se encuentra solo caminando ante el bello templo de Vicentejo.

EL SACAMANTECAS,

EL PRIMER ASESINO EN SERIE DE LA HISTORIA

En las conferencias impartidas en el Ateneo de Vitoria sobre el Sacamantecas, Ramón Apraiz intentaba aplicar algo de razón a la leyenda popular extendida por su ciudad. Es normal que este médico se interesara por un caso que tuvo lugar en su época, el de Juan Díaz de Garayo, conocido como el Sacamantecas, quizá uno de los primeros asesinos en serie constatados de la historia de la criminología moderna.

Como el propio médico detalló en sus discursos, el día 11 de febrero de 1881 la leyenda del Sacamantecas puso los pelos de punta a toda la sociedad alavesa. Luego los crímenes de Garayo empezaron a ser conocidos en toda España y la prensa sensacionalista se hizo eco de ellos, de forma que acrecentó el mito y el miedo de los vitorianos.

¿Quién podría ser el asesino que abría en canal aquellas pobres mujeres? ¿Un vecino de la comarca, un ser anodino al que todos conocían, o un fantasma sanguinario, una aparición diabólica, un extranjero depravado..., es decir, un auténtico misterio del que no se podían defender? Es habitual que las iras de un pueblo asustado comiencen por especular sobre la opción menos dolorosa: el extraño, el de fuera, el extranjero, aquel que no pertenece a la seguridad de lo conocido. Los vecinos de las pobres mujeres violadas y luego cruelmente asesinadas debían construir un mito que justificara el miedo, que aliviara el luto de sus familias.

¿Cómo iba a ser un humano capaz de perpetrar semejantes barbaridades? Pues sí, era humano y muy humano: un vecino bien vulgar, de nombre Juan Díaz de Garayo, el viudo de la Zurrumbona y padre de cinco hijos. Había llevado una vida serena de criado, y luego de campesino, que se mantuvo más o menos equilibrada hasta que su mujer lo dejó y fue a reunirse con Dios. A partir de ahí, los nuevos tres matrimonios que contrajo no conseguirían aplacar sus macabros deseos sexuales.

Fueron seis mujeres las que se dijo que había matado y eviscerado desde el 2 de abril de 1870 hasta 1879. Algunas eran pobres prostitutas que ejercían la profesión por la zona, y otras fueron vecinas de Vitoria que tuvieron la mala suerte de encontrarse con él en los caminos. No solo las violaba repetidas veces, sino que después las mutilaba: abría sus cuerpos en canal, las asfixiaba y sacaba sus vísceras hasta saciar sus deseos patológicos. Cuando fue apresado, habían pasado diez años desde su primer crimen constatado. Así, el 21 de septiembre de 1880 fue condenado a muerte, y murió por garrote el 11 de mayo de 1881 en la prisión del Polvorín Viejo de

Vitoria^[1].

El famoso doctor Esquerdo fue uno de los entonces llamados mentalistas y alienistas que visitó al condenado. Comenzó a circular entonces el rumor de que Garayo podría ser tratado como un loco y no como un asesino, y esta posibilidad mantuvo en vilo a buena parte de la clase médica vitoriana, que no estaba en absoluto de acuerdo con las tesis de Esquerdo. Este mantenía que las facultades mentales del preso sufrían una perturbación digna de estudio. Sin duda, en aquella época Esquerdo recibió más de una amonestación por sus intentos de eximir a semejante monstruo de sus responsabilidades penales con la excusa de considerarle perturbado.

Quizá ahora hubiera tenido más suerte, pero el Sacamantecas actuó hace más de un siglo, cuando aún la psicología estaba dando sus primeros pasos como ciencia y todavía no tenía ningún prestigio popular. Además, ¿qué autoridad iba a permitir que se tratase a Garayo con clemencia? ¿Quién se iba a echar a la espalda una sentencia que no condenara a muerte a un asesino que había mantenido en vilo durante años a media España? Sin duda, Esquerdo tenía todo en su contra. Sobre todo a los médicos vitorianos, más cercanos al deseo vecinal de venganza y justicia popular.

Un total de once médicos visitaron a Garayo en solo dos meses, desde el 3 de enero al 3 de marzo de 1880. El preso tenía cincuenta y nueve años, era de temperamento sanguíneo, constitución vigorosa, estatura mediana, color moreno, ojos pequeños y hundidos, pómulos prominentes. Los galenos comentaron que en su cabeza se observaba una depresión considerable de la región occipital, que hacía más elevado su vértice, y mayor desarrollo en la región parietal derecha que en la izquierda. Esto quizá ahora nos suene raro, pero en aquella época también se empezaban a postular las teorías eugenésicas, y era muy normal realizar ese tipo de mediciones. Sabino Arana Goiri hablaba de la circunferencia diferenciadora del cráneo vasco y postulaba axiomas como que «el vizcaíno es de andar apuesto y varonil frente al español, que o no sabe andar o, si es apuesto, es femenino en su caminar».

Pero no vamos a meternos en lo que supuso, en posteriores años, la progresión de los estudios del biotipo en relación con la psique, que desembocaron en los libros de Vallejo-Nágera y en sus experimentos filonazis con presos republicanos. O en las ideas de Heinrich Himmler y sus seguidores para avivar el antisemitismo y ensalzar la raza aria que promovían en películas y manuales. La cosificación del paciente era una constante en la época. Incluso se le trataba de «sujeto experimental», obviando su nombre. Pero prosigamos con el análisis, que no derivaba solo de la complexión y de la configuración del rostro y del cerebro. Escribieron los doctores que su testículo derecho, en su «túnica vaginal», presentaba un ligero hidrocele (acumulación de líquido), mientras que el izquierdo mostraba una pequeña pastosidad, aunque todas sus funciones se ejercían con normalidad. Sin duda, un examen exhaustivo.

El paciente, el asesino, el loco, o como queramos llamarle, no sabía leer ni escribir, algo también común a finales del XIX en España. Tenía algunas nociones de

doctrina cristiana, adquiridas en las misas y fruto de la vida social imperante en aquellos años. Su inteligencia estaba a la altura, según dictaminaron los médicos, de la gente de su clase y condición. Achacaron sus acciones a la falta de cultivo intelectual propia del campesinado. Tampoco sus hijos padecían ningún achaque extraño, aparte de la vergüenza de tener un padre como él. Por si acaso, los especialistas investigaron si las peculiaridades de su mente defectuosa habían sido heredadas o si serían heredables, y parece que rechazaron ambas hipótesis.

En referencia al impulso sexual, el propio Garayo reconoció que no sintió mucho deseo «venéreo» hasta casarse con su primera mujer a los veintinueve años. Luego mantuvo unas relaciones sexuales «en armonía», menos cuando su mujer tenía «alguna cuestión», momentos en los que buscaba el consuelo en otra, un hábito que después practicaría con frecuencia en los siguientes matrimonios. De hecho, su última mujer comentó a la Policía que yacía con él menos que con su anterior marido. Este podría ser un factor clave en su patología y en su visión enferma de las mujeres: un deseo sexual reprimido.

Sobre el procedimiento de sus crímenes, nada mejor que aproximarnos a las propias palabras de Garayo transcritas por sus médicos, cuando estos le pidieron que explicara sus acciones:

Había acordado con una mujer llamada la Valdegoviesa, de unos cuarenta años de edad. Salieron hacia el polvorín con objeto de cohabitar y cuestionado sobre lo que en pago le había de dar, parecióle a ella poco lo que le ofrecía y se resistió, en virtud de lo cual él la estranguló con las manos, violándola y arrojándola a una acequia.

Que al año próximamente y en virtud también de un convenio con otra mujer conocida por la Riojana, después de haberle dado un real para vino, salieron por el camino viejo de Arana y en un sitio próximo a la casa que llaman del Carbonero, como no se conformase con tres reales más que le daba, la estranguló con el objeto de cohabitar con ella, lo cual verificó concluyendo también con su vida para que no [lo] delatase.

Que transcurridos dos años se encontró casualmente en el camino de Gamarra con una joven, en ocasión que nadie los veía, y sin que mediara proposición alguna la violó y asesinó de la misma forma y con igual objeto que a las anteriores. Eso mismo repitió al siguiente año y en el sitio llamado las Zumaqueras con otra joven de veinte años de edad llamada la Morena.

Que el 7 de setiembre último se encontró con la muchacha que en el sumario figura, joven de veinticinco años, y a la que violó y asesinó como a todas, causándola después algunas heridas con una navaja para que continuara, según confiesa, propalándose la idea de que había un sacamantecas, nombre que el vulgo venía dando al autor desconocido de las violaciones y homicidios que con tanta frecuencia se repetían.

Por último, al siguiente día tropezó con otra mujer de cincuenta años de edad y con objeto según parece de robarla, la asesinó, abriéndola el vientre después con la misma idea expuesta en el párrafo anterior. Este último hecho es [el] que obstinadamente ha negado a algunos (no todos) de los firmantes.

La verdad es que, mientras leemos sus palabras, resulta estremecedora la tranquilidad de su relato. Y más sobrecogedor aún es el hecho de que negara haberle abierto el vientre a esa última víctima. ¿Acaso Garayo fue un chivo expiatorio? Quizá

nunca lo sabremos, porque en aquellos tiempos, como ahora, cuando la opinión pública necesita un culpable es más fácil dárselo. Aunque estemos en el terreno de las especulaciones, no podemos dejar de preguntarnos: si confesó todos aquellos crímenes, ¿qué interés tendría en mentir sobre el último? ¿Quizá el miedo a que lo consideraran un monstruo?

Mediante la consulta de los archivos policiales, los testimonios directos de vecinos, las declaraciones del propio Garayo y los diagnósticos de sus doctores, hemos podido reconstruir con bastante detalle sus crímenes. *El Diario de Álava* y sus crónicas nos ayudan a reconstruir con mayor precisión los hechos.

Publicó *El Diario* que su primera víctima fue una prostituta cuyo marido cumplía condena en la cárcel. Garayo la acompañó siguiendo el curso del río Errekatziki, saliendo de Vitoria a través de la calle Portal del Rey. Cuando alcanzaron la carretera de Navarra, se apartaron del camino y le ofreció tres reales a cambio de mantener relaciones sexuales. Ella se enfureció ante tan nimia cantidad, y exigió cinco. Tal vez por tacañería, o quizá ante la posibilidad de no ver consumado su deseo sexual, Garayo se abalanzó sobre la mujer y la estranguló con sus propias manos, pero dejándola aún con un pequeño soplo de vida, un soplo que extinguió sumergiendo su cabeza en un arroyo adyacente. Una vez muerta, la despojó de sus ropas, satisfizo sus deseos necrófagos contemplando su cuerpo desnudo durante unos minutos y se sumergió en la oscuridad de la noche de vuelta a Vitoria. Un criado que caminaba por la orilla del río halló el cadáver al día siguiente. La víctima fue identificada, pero el caso se cerró ante la falta de pruebas, algo que se convertiría en una constante en el resto de sus crímenes.

Tan solo un año después, el apetito desenfrenado de Garayo buscó de nuevo una víctima descuidada, una mujer viuda con la que se topó también en Portal del Rey, y a la que convenció para mantener relaciones. Se trasladaron hasta la zona de Arana, y allí la historia volvió a repetirse: él le ofreció poco dinero, ella pidió más, discutieron y, en medio de la disputa, la estranguló. Las autoridades tampoco lograron esclarecer el caso, que cayó en el olvido. El Zurrumbón volvió a saciar su enfermedad. Aquí debió de empezar a pensar que nunca lo cogerían.

La tercera víctima fue una niña de apenas trece años que caminaba sola por las afueras en dirección a Vitoria. Al parecer, el Sacamantecas había optado por deambular en ocasiones por los arrabales, en busca de parajes solitarios donde cometer sus asesinatos. La muchacha, criada de una familia adinerada, fue víctima de los enfermos instintos del infame asesino, que no perdió ni un segundo para abalanzarse sobre ella, en silencio, y arrastrarla hasta una acequia cercana, donde comenzó a estrangularla con un método ya perfeccionado. No la mató, al menos no en ese instante, por el temor a ser descubierto. Mientras yacía en estado agónico, la niña fue violada, y luego murió por estrangulamiento.

A esas alturas, el pánico se había adueñado de la capital alavesa. En su libro, Becerro de Bengoa desvelaba que en Vitoria existía la creencia de que entre sus

vecinos había no solo uno, sino varios asesinos cuya identidad permanecía oculta. Y todo en una ciudad que «ha visto pasar años y años sin que tuviera que venir el verdugo a visitarnos».

El 29 de agosto de 1872, Garayo ya tenía cincuenta años y su segunda esposa había fallecido dos años atrás. Decían de él que ese día se había gastado en el bar una buena suma que le dejó su esposa. Tras salir de la taberna, imaginamos que algo bebido, se topó con una joven prostituta. Se desplazaron juntos hasta el camino de la Zumaquera, aunque Garayo, para no levantar sospechas, andaba unos metros detrás de la que iba a convertirse en su nueva víctima. Los prolegómenos del crimen no se diferenciaron mucho de los anteriores. Ante la tacañería de Garayo al ofrecerle solo tres o cuatro reales, la mujer se enfureció y la inquina del asesino se desató. La estranguló hasta creerla muerta, pero ella mantuvo el aliento e intentó zafarse. Entonces llegó la novedad: Garayo arrancó una horquilla del pelo de la prostituta y se la clavó justo en el corazón, provocándole una muerte agónica entre chorros de sangre.

Al Sacamantecas le dio tiempo a casarse de nuevo, aunque su siguiente mujer también murió poco después, dicen, de muerte natural. Apenas un mes más tarde, el viudo volvió a contraer matrimonio, en las que serían sus últimas nupcias, con una anciana de nombre Juana Ibisate, natural de Okina. Habrían de pasar siete años hasta que el Sacamantecas matara de nuevo, con dos intentos infructuosos por el camino: primero con una molinera que se resistió al ataque y más tarde con una mendiga que rechazó a Garayo con un doloroso puntapié en los testículos. Tras esas frustradas tentativas, Garayo consumó su penúltimo asesinato en el término de Zaitegui con una desafortunada mujer que caminaba por la zona. El tranquilo Garayo volvió a convertirse en el despiadado criminal. La joven intentó revolverse, pero esta vez fue con la navaja como terminó el trabajo. La apuñaló con saña repetidas veces.

Una labradora de cincuenta y dos años fue la última víctima del Sacamantecas. Mientras paseaba por la zona de Araca, la lluvia la llevó a refugiarse en una pequeña arboleda junto al camino. Como en una ruleta macabra, la suerte hizo su trabajo. Sin testigos que molestasen, el lobo solitario se acercó a su nueva presa. Primero, como acostumbraba, le pidió mantener relaciones sexuales, pero halló una nueva negativa por parte de la mujer. Con el mismo delantal que llevaba la desdichada, intentó estrangularla hasta que la dejó casi sin respiración. Mientras aún respiraba, el Sacamantecas sacó una vez más su navaja, la apuñaló en el vientre y en el corazón y la rajó para arrancarle los intestinos y el riñón, de la misma forma que la leyenda de los sacamantecas aseguraba que hacían estos asesinos. Puede ser que Garayo ya hubiera escuchado esa fábula que se había difundido con tanto éxito y quisiera imitar al personaje que la prensa había creado, o simplemente se decidió a saciar su instinto. La realidad supera casi siempre a la ficción. Y hasta aquí los macabros relatos de sus asesinatos que podemos encontrar.

Los médicos que lo estudiaron nos evitan los detalles macabros, aunque dejaron

constancia de que Garayo se acordaba de todos y cada uno de ellos, con todo lujo de detalles. También aseguraron que, aunque lo intentó en muchas ocasiones, no pudo consumar el acto sexual con las muertas, y este pormenor desmontaba la versión popular. El Sacamantecas tenía la motivación de matar a sus víctimas de violación para no ser descubierto, un procedimiento más propio de alguien bastante corto de inteligencia que de un meticuloso planificador. Las discusiones sobre el dinero a pagar por una relación sexual se podían haber evitado de muchas maneras. De hecho, en los pueblos de entonces, como todavía sucede en nuestros días, las mujeres que se dedicaban a la prostitución no tenían ninguna protección y estaban mal vistas. La mayoría de las veces ejercían su negocio al amparo de la oscuridad y en lugares solitarios, y era frecuente que terminaran sin cobrar o con alguna marca violenta. Profesión difícil, casi nunca elegida por voluntad, que recoge toda la vileza de nuestra sociedad. La explicación tan aséptica que da Garayo de sus crímenes no cuadra con el disfrute que parecían contener sus acciones sobre los cuerpos de las finadas. Aun queriendo parecerse al mito que habían construido los periódicos, nadie en su sano juicio podría acometer tales aberraciones.

Por supuesto el acusado solo cita las muertes de las víctimas reconocidas por las autoridades. Es raro que en diez años un asesino de estas características no hubiera cometido este tipo de actos más veces, y que dejara intervalos de incluso dos años entre una víctima y otra. Al menos, como ya hemos comentado, se conocen otras tentativas. Dos mujeres sobrevivieron a su ataque: una el 1 de noviembre de 1878 y otra el 25 de agosto de 1879.

La primera era una vecina conocida por Garayo que tuvo suerte y se pudo liberar cuando iba a ser estrangulada. Su denuncia ante las autoridades lo llevó a estar dos meses en prisión. Algo inexplicable es que durante el interrogatorio nadie sospechase que se trataba del asesino más buscado. La segunda mujer se lo encuentra en el camino de Gomecha a Arinez. Él repite su *modus operandi* y se abalanza sobre ella por la espalda, intenta estrangularla, pero ella consigue zafarse y gritar fuerte. Por suerte era época de recolección y había mucho jornalero por la zona, de modo que Garayo se asustó y ella aprovechó para propinarle una patada en los genitales. La mujer llega hasta un juicio de faltas, que se resuelve con una indemnización de veinte pesetas para la ofendida porque el Zurrumbón insiste en que solo fue un intento malinterpretado de tener relaciones sexuales. Y esa estrategia no parece obra de un loco, sino de alguien capaz de prever las consecuencias de sus actos.

El pormenorizado estudio de los médicos vitorianos, al contrario de lo que había dictaminado Esquerdo, les llevó a decir que Juan Díaz de Garayo Ruiz de Argandoña tenía sus facultades mentales en perfecto estado y que sus acciones habían sido ejecutadas en uso de su libre albedrío, con verdadera libertad moral. Y así lo firman, en Vitoria a 3 de marzo de 1880, Ramón Apraiz y otros diez colegas. A Esquerdo le recuerdan la poca solidez que tienen sus asertos y se emplazan a combatir sus conclusiones una semana después con un nuevo discurso de Apraiz en el Ateneo de

Vitoria. De este modo, ya no hay escapatoria para el garrote, que se aplicará más de un año después.

El cuerpo de Garayo fue echado a una fosa común del cementerio de Santa Isabel. También se dice que su cabeza fue cercenada y permanece en formol en una colección privada en Madrid. La última mujer del Sacamantecas tuvo que pagar 138,40 pesetas por la ejecución y el entierro. Pobre mujer, la vergüenza que tuvo que sufrir.

Esta sería la historia con sus luces y sombras del Sacamantecas de Vitoria, pero ¿qué es un sacamantecas? Como bien dicen los profesores Fernández Juárez y Pedrosa en *Los mil y un registros del humano miedo*, este es inseparable de la experiencia de lo desconocido. El miedo en los seres humanos se nutre de la memoria, a veces de la memoria personal y otras veces de la colectiva. A veces, también proviene de los hábitos alimenticios de ciertos animales o de costumbres culinarias diferentes a las nuestras. Si pudiésemos darnos una vuelta por las mesas más sibaritas del Imperio romano seguro que nos entraría de todo menos hambre, asco incluso, pero no por ello dejarían de tener ese valor culinario que pasó de Bizancio a Marruecos y regresó a las cocinas españolas y europeas. Los mitos de los antropófagos, de las brujas comeniños, del coco que devora a los que no duermen, del hombre del saco, de Hansel y Gretel, tienen un componente del pasado colectivo. Quizá del hambre que han ido pasando las sociedades siglo tras siglo en pos de las mesas señoriales. Dime de qué careces y te diré cuáles son tus sueños y tus miedos. El mismo Cristo convirtió en palabra algo tan difícil de asimilar como que diera a comer de su carne. Imaginamos que lo dijo de forma alegórica, mostrando el pan y el vino como el alimento del alma que es el mismo Dios.

Así lo expresa el Evangelio según san Juan, capítulo 6, versículos 53 y 54: «Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el día postrero».

Lo cierto es que en las liturgias de diferentes religiones nos encontramos con la utilización de la carne y la sangre como elementos místicos. Según la cultura popular, las brujas hacen sacrificios humanos a veces mediante la muerte del desdichado y otras veces mediante el semen, el cabello o los humores del cuerpo. En cualquier caso, hemos arrastrado el miedo a que nos quiten la vida con dolor desde tiempos inmemoriales. Algunos estudios concluyen que nos da más miedo el dolor que la muerte, debido a que no podemos tener del todo claro cómo es la muerte, pero tenemos bien presente la idea del dolor. En la mitología popular, el sacamantecas prefiere la sangre de los niños, que es más pura, por ser nueva, imaginamos. En otros lugares, dominados por la tradición machista, prefieren la sangre de bellas vírgenes. En algunos pueblos de Navarra como Torralba del Río o Ancín, la figura del sacamantecas fue sustituida por la de los mantequilleros, que hacían algo similar: recorrer la comarca extrayendo la grasa corporal de los infantes.

Unas coplillas de León, cantos de ciego que nos aperciben:

*Con la sangre inocente,
los chupasangres marcharon,
sin que hasta ahora se sepa
quiénes fueron los malvados.
La autoridad, asombrada,
recomienda a los paisanos
que con los niños y niñas
deben de tener cuidado,
porque estos chupasangres
son gentes sin corazón,
y se valen de los niños
para lograr su intención.*

Así, los sacramantecas han pasado de ser personajes más cercanos al infierno, o al mundo de los demonios y las brujas, a convertirse en seres humanos con la necesidad o el deseo de apoderarse de ciertas sustancias corporales. La tradición popular ha utilizado el miedo a la noche y a lo desconocido para nutrir sus terrores.

En la España de posguerra, los maquis, los guerrilleros antifranquistas, son tratados en algunos pueblos como sacramantecas. Si el niño no se duerme, vendrá el maqui y lo comerá, o le sacará el tuétano, que viene a ser lo mismo. De hecho, si damos una vuelta por la tradición oral de ciertos pueblos que tuvieron presencia guerrillera, es muy probable que nos canturreen las coplillas con las que los asustaban sus madres mientras los arropaban.

A veces, incluso, hubo sacramantecas xenófobos, como los *kharisiris*, que solo sacaban los fluidos a los indios aimaras de Bolivia, para nada interesados en extranjeros ni cristianos. Quizá este mito fue para convertir a los aimaras al catolicismo o para contribuir al desarrollo de una identidad propia. Algún día lo sabremos, cuando nos encontremos cara a cara con uno de ellos.

Alejandro Guichot, en el libro *Supersticiones populares andaluzas*, nos relata cómo el mal de San Lázaro se cura con la sangre de un niño que ha sido matado. Quizá ahora la figura de los sacramantecas pueda referirse a los ladrones de órganos en los países subdesarrollados, un mercado meticuloso y moderno, con una demanda en constante auge en el primer mundo. Y por desgracia, quizá se mantenga hasta que las impresoras láser suplan la creación celular.

Los vampiros también son, de algún modo, sacramantecas. Seres que necesitan la sangre ajena para seguir viviendo. El recorrido de los mitos vampíricos se ha extendido por buena parte de Europa durante muchos siglos.

Francisco Leona fue uno de los famosos sacramantecas que ha tenido España, y no hay más que ver su ficha policial para detectar las coincidencias con Garayo: gente pobre, campesina e inculta. Por lo visto, Leona hizo cometer un asesinato al tonto del pueblo, un pobre desgraciado llamado Julio Hernández, que debía matar al niño de

diez años Bernardo González para curar a Francisco Ortega de sus dolencias. Este debía beber la sangre del niño y luego reposar con las grasas corporales de aquel sobre su pecho. Algo no muy agradable, aunque se tenga fe en la curación. Por supuesto, sabemos de ellos porque la Policía los descubrió. Leona le había cobrado al enfermo 3000 reales de la época, una pequeña fortuna. Los dos fueron condenados a muerte por garrote en 1911, y aunque el tonto del pueblo fue indultado, se convirtió entonces en el mito del hombre del saco, algo que nos ha perseguido justo hasta antes de dormir a todas las generaciones a partir de ahí. Este caso se conoce como «el crimen de Gador», una pequeña localidad de Almería.

También en toda Europa se hablaba del «coche de la sangre» que, tirado por caballos, iba raptando niños y robándoles ese fluido vital. Decían que era para curar a los tuberculosos y a otros enfermos con posibles que pagaban enormes cantidades, como el infeliz Ortega de Gador.

Otra sacamantecas muy conocida fue Enriqueta Martí, la vampiresa de Barcelona. Montó con su marido una tienda de antigüedades con algo de mala suerte. Así que optaron por ampliar su negocio construyendo una red de mendicidad con niños huérfanos o secuestrados. Luego ella entró en contacto con círculos adinerados que querían dar rienda suelta a sus oscuros vicios y alquilaban los servicios sexuales de los menores. En 1912 muchas niñas secuestradas en la ciudad de Barcelona entran al servicio de Enriqueta y su red. Las cogía de los extrarradios de la ciudad, hijas de obreros pobres o campesinos, y luego hacía negocio con la gente pudiente.

Todavía en muchos pueblos se mantiene la idea del chupacabras cuando se encuentra un animal desangrado en medio del bosque o del monte. Quizá los zorros o los lobos no acabaron su trabajo, quizá son los restos de un aquelarre..., o quizá hay que tener cuidado porque el sacamantecas anda cerca.

EL MISTERIO DEL CERRO DEL SANTO CRISTO

En otro pueblo alavés, Labastida, en el cerro del Santo Cristo hay unas ruinas de lo que fue una fortaleza medieval en el siglo XII. Se dice, o eso cuentan los pastores de la comarca, que las ovejas no querían pastar por allí a pesar de las verdes hierbas que tiene la zona. Una partida de pastores fue un día a ver qué sucedía, intrigados por cuál sería la razón de que sus animales no quisieran comer esa sabrosa hierba, y desenterraron la figura de un Cristo que yacía desde antaño bajo tierra. Era como si las ovejas no hubieran querido mancillar al Dios hijo pisoteando la tierra que cubría como un manto sagrado la representación divina.

También hay quien cuenta que la talla de aquel Cristo fue ocultada allí durante una batalla para evitar su profanación.

Relatan también, los más avezados, que la figura tiene la mano derecha desclavada porque se la estaba tendiendo a un santo. Mito o leyenda, lo cierto es que en aquella zona la vegetación es diferente y la hierba crece más alta y más verde.

LA LEGIÓN TEBANA

En Martioda, un pequeño pueblo que pertenece al municipio de Vitoria y que ahora tendrá unos diecinueve habitantes, se dice que ocurrió un suceso que todavía puede escucharse en las noches cerradas. Corría el año 286 d. C. y las autoridades quisieron frenar a unos cuantos bárbaros que andaban por la zona y que habían estado haciendo incursiones y provocando el pánico entre la civilizada población. Para poner orden, mandaron a la Legión Tebana, unos cristianos procedentes de Egipto que se habían enrolado en el ejército romano de Oriente. Recibieron la orden de perseguir y exterminar a todo cristiano que no aceptara convertirse al politeísmo romano y que no aceptara la divinidad del emperador. Los legionarios hicieron una asamblea y decidieron no cumplir el mandato del general, no iban ellos a matar a quienes profesaban su misma fe. Esto llegó a oídos del emperador, que decidió, mientras andaba a otras cosas, que fueran exterminados también ellos, los integrantes de esta Legión. ¿Qué se habían pensado aquellos cristianos que, para colmo, no eran ni romanos?

Diocleciano y su tetrarquía, es decir, los cuatro emperadores que había entonces, promulgaron un edicto que abolía los derechos legales de los cristianos y los obligaba a cumplir con los dioses romanos. Fueron exhaustivos en aquellas persecuciones, llegando a instaurar el terror en buena parte del Imperio, lo que provocó múltiples revueltas sociales. Así, en el 313 fue Constantino, con el Edicto de Milán, quien estableció la libertad de religión, dejando en paz a los cristianos. El dato crucial es que esa persecución no fue solo contra los cristianos, sino que cualquiera que profesase un culto que no fuera controlado por el Estado romano era pasado por la afilada hoja del *gladius*. El caso es que la Legión Tebana fue exterminada en una batalla cerca de Martioda, según creen sus habitantes. Hace unos años se encontraron en la zona decenas de cráneos y huesos que podrían pertenecer a aquellos empecinados egipcios.

Y aquí viene el misterio. Durante unas noches del año, todavía los habitantes no se ponen de acuerdo si sucede en noviembre o en diciembre, se pueden escuchar los rezos de la Legión Tebana. Unos susurros que ponen los pelos de punta a quien se decida a pasar la noche al raso con una hoguera.

SORGINETXE, LA CASA DE LA BRUJA

Álava debió de ser refugio de brujas en un tiempo, o eso cree quien otorga poderes telúricos a las construcciones neolíticas conservadas en la provincia. Al igual que Stonehenge, el monumento megalítico más conocido de ese periodo prehistórico, que se conserva en Inglaterra, estos dólmenes han resistido el paso de los siglos manteniendo su naturaleza misteriosa. En Álava hay unos setenta ejemplares que permanecen, más o menos, en pie.

Más allá de las fantasías de quienes aventuran que son construcciones extraterrestres o realizadas por magos que levantaban piedras con sus bastones, lo cierto es que son bastante extrañas. Datan de entre el cuarto y el tercer milenio antes de nuestra era y servían a los *Sapiens* de la época como lugar de enterramiento sagrado. Ya se sabe que los lugares donde se inhuma a los muertos siempre se han elegido por su orientación, o por criterios basados en las estrellas, en el sol, en diferentes energías...

El dolmen de El Sotillo es uno de los que mejor se conserva. Su cámara es un espacio semicircular de unos tres metros de diámetro formado por nueve grandes piedras de arenisca. Todavía encierra un túmulo pequeño, cuyo contenido continúa sumido en la niebla de los tiempos. El de San Martín es un sepulcro de corredor formado por cinco grandes piedras que conduce a una cámara de diez losas; el pasillo mide cuatro metros de largo por uno de ancho. Al lado se construyó una chabola de pastores que aún sigue en pie.

Pero el más llamativo es el dolmen de la Hechicera, en Elvillar. Se dice que en él moraba una anciana bruja con poderes curativos, y que las lamias, las terroríficas figuras mitológicas femeninas que peinan sus cabelleras con peines de oro, colocaron ese monumento lítico para que morara la vieja. Por supuesto que lo que podemos ver ahora no es el monumento antiguo, que ya se cayó y desperdigó por el monte. Es un sepulcro de corredor con nueve losas, cuyo pasillo de acceso está formado por otras cinco piedras y que aún conserva la cubierta de la cámara. Quizá fuese realmente la casa de la bruja, una de esas mujeres que se integraban en los bosques buscando soledad y hacían pactos con las criaturas de la oscuridad. Si nos queda alguna duda, solo hace falta traducir *Sorginetxe*, como los vascos llaman a este lugar, al castellano: «La casa de la bruja».

Cuentan que se han visto luces, velas y sombras negras que acudían volando a esa

zona y se refugiaban entre las piedras. Quizá fueran convocatorias de aquelarre, quizá poco más que la imaginación desatada por el propio miedo de los caminantes. Por si acaso, vayamos con cuidado.

Seguimos en el condado de Treviño, en tierra extraña cuyas fronteras no tienen dueño. Las montañas alavesas rodean este pequeño pueblo que un día fue abandonado quién sabe si por sus maldiciones o por las epidemias que padecieron en el siglo XIX. El nombre vasco de *Otxate* quiere decir «puerta secreta» o «puerta del ruido», como una puerta del cielo, del infierno o quizá de otras galaxias, como piensan algunos. Esa puerta que siempre andamos buscando hacia otros mundos que podrían habitar en la inmensidad del espacio inexplorado. También algunos lo traducen como «puerta del frío».

Parece que el pueblo de Ochate comenzó su andadura histórica poco antes del año 1000. Hay una pequeña referencia en la nómina de San Millán, en 1025, donde se denomina Gogate. Nació como lugar de tránsito entre varios pueblos camino de Vitoria. Más tarde, en el siglo XIII, el obispo Aznar lo llama Chochat. Parece que el pueblo es abandonado durante varios siglos y luego se repuebla en 1522 con el nombre de Ochate. Hasta el siglo XIX no hay más noticias significativas, salvo un censo de 1750 donde se dice que habitaban unas seis personas. Pero en 1860, 1864 y 1870, según Muguruza, se desatan tres misteriosas epidemias de viruela, tifus y cólera, respectivamente. Quizá, como creen los más escépticos, fuera la gripe española la que se llevó por delante a la mayoría de la población, como ocurriera en muchos lugares de España.

Sin embargo, el investigador Enrique Echazarra, experto en desentrañar los misterios vascos, afirmó que nunca vio nada raro en el pueblo de Ochate; es más, buceó en los archivos y solo encontró un relato de vida y gente normal que fue despoblando el lugar por dejar de estar en el camino que llevaba a Vitoria. Incluso llegó a contactar con un anciano que todavía mantenía sus recuerdos intactos. De niño, aquel hombre mayor había vivido en Ochate. Afirmaba que había sido despoblado unos años antes de la Guerra Civil. Y, sobre todo, que no sabía nada de brujas, ni fantasmas, ni ovnis. Al viejo le sorprendía todo lo que se decía en las revistas, nada que ver con la realidad, según él.

Prudencio Muguruza situó internacionalmente Ochate en el mapa al fotografiar, el 24 de junio de 1981, un ovni, un objeto volador no identificado, sobre las ruinas del pueblo. Este empleado de la Caja de Ahorros de Vitoria llevó hasta allí a infinidad de curiosos, de buscadores de misterio, curanderos, satanistas y demás especies. En

resumen, un turismo esotérico que machacó la zona con sus visitas indiscriminadas en busca de psicofonías y extraterrestres. Aquella avalancha casi acaba con las tumbas excavadas en la roca que podemos encontrar en los alrededores; son tumbas pequeñas, demasiado pequeñas según los misteriólogos, que podemos encontrar en varios lugares del norte de España, como en los pueblos cercanos al embalse del Ebro.

Uno de los párrocos de la comarca, Antonio Villegas, se encaminó una mañana hacia la ermita de Bergondo, en la zona superior de Ochate. Varios vecinos lo vieron subir, pero ya nunca más se supo de él. Desapareció y se convirtió en otro gran misterio. Iker Jiménez así lo relata en su libro sobre pueblos misteriosos de España, *Enigmas sin resolver*. Sin embargo, unos investigadores, Arroyo y Corral, determinaron que el cura había escrito una serie de cartas al Obispado de Calahorra. Entrevistaron a la sobrina nieta de Antonio Villegas y destaparon una truculenta historia de amor y rebeldía que bien merecería una novela. También se encargaron estos investigadores de quitarnos el misterio del topónimo. Afirman que *Ochate* viene de *Gogate*, que se puede traducir como «el pueblo de arriba del camino».

Luis Alfonso Pérez Ledo, autor del libro *El peligro de creer*, comenta que Muguruza es simplemente un estafador que ganó medio millón de pesetas de la época por aquella fotografía, que sería una nube iluminada o algo fácilmente explicable.

En los programas y revistas especializadas dedicados al misterio se habla también de las famosas psicofonías, recogidas por decenas de aficionados, cuya veracidad no se ha podido demostrar.

Pero el misterio continúa. En noviembre de 1868 desaparece el párroco Villegas y poco después un joven agricultor, Juan Peché, que dejó su casa como estaba, sin mudanza, incluso con la comida a medio hacer. Dicen que otro vecino, F. Amestoy, apareció calcinado en el sendero que conduce al pueblo sin que nadie pudiera explicar qué le ocurrió.

En 1947, Víctor Moraza denunció la presencia de unas luces extrañas sobre las ruinas de Ochate. En vez de salir corriendo, como haría cualquier hijo de vecino, se acercó a la torre y observó un globo blanquecino y silencioso de unos dos metros de diámetro que, después de flotar en el aire, se desplomó sobre la ermita iluminando toda la zona. Unos años después, el 17 de agosto de 1978, Ángel Resines estaba regando su huerto cuando observó de nuevo la misma luz blanquecina. Esta vez la esfera casi lo derriba y tuvo que tirarse precipitadamente al suelo para evitarlo. La esfera se dividió en tres luces iguales que se alejaron rápidamente hacia las montañas.

El 24 de junio de 1981 fue el día del famoso encuentro de Muguruza con lo sobrenatural. La esfera esta vez parecía ser de color azul y descendía hacia las ruinas. Según relató él mismo: «Sentía un miedo indescriptible, oía a mi alrededor una especie de intensísimo zumbido», y a pesar del pánico, le dio tiempo a sacar su pequeña cámara y materializar la famosa fotografía.

En 1986, el empresario Fernando Gil estaba junto a la torre de Ochate y escuchó

unos pasos que poco a poco iban cerrando un círculo a su alrededor, junto a la inexplicable sensación de una mano tocándole el hombro.

En julio de 1987, la 1.^a y 3.^a Compañía de Carros Blindados de la base militar de Araca, en Vitoria, estuvieron perdidas durante más de cuatro horas en Ochate bajo una espesa niebla que les impedía ver a su alrededor. A pesar de estar a apenas trescientos metros de distancia la una de la otra, ambas compañías permanecían incomunicadas, dada la imposibilidad de establecer contacto. Cuentan que el capitán Aparicio, en su deambular por el pueblo, tuvo la sensación de estar en «ningún lado», según sus propias palabras, y decidió volver a la base. Ese mismo año el investigador Alberto Fernández fue encontrado muerto en el interior de su coche tras su visita al pueblo. Meses después, algunos afirmaron ver una figura muy parecida a la de Fernández en el cobertizo de Ochate.

Sin duda, la historia más increíble es la de Mikel Colmenero, un cámara y radioaficionado que afirma haberse cruzado con dos humanoides en su visita a Ochate, de los que pudo extraer una psicofonía en la que se escuchaba: «Yo sí estoy». Por supuesto, la cinta fue destruida por él mismo antes de que pudiéramos comprobar la veracidad de sus palabras.

No hay más que dar un paseo por las ruinas para que cada uno establezca su propio criterio. Lo que sí es cierto, como hemos visto en San Vicentejo, es que probablemente el enclave tuvo algo que ver con ciertas hermandades medievales como los templarios o los hospitalarios. Y no hace falta destacar los ríos de tinta que han hecho fluir estas órdenes religiosas en los libros de misterio.

VITORIA, UNA CIUDAD CON DEMASIADA HISTORIA

Hay algunos lugares que conservan ese misterio de las ciudades antiguas con demasiada historia, tanta que apenas se puede abarcar en sus calles y plazas. Quizá Vitoria sea por esa situación estratégica, de paso entre la meseta castellana y el país francés. Ya se sabe que, como dice el refrán, si pones vides en los caminos, perderás muchos racimos. Así, Vitoria fue creciendo entre los que dejaban racimos de aquí y de allá y poco a poco la convertían en un centro económico y en una referencia obligada. Múltiples son sus leyendas y múltiples sus misterios y sus paseos. Junto a la plaza del Machete o de la Virgen Blanca podríamos encontrarnos con el fantasma de Garayo el Sacamantecas, recién muerto por garrote. Quizá siga persiguiendo a las mujeres que caminen solas de noche por una calle solitaria. Quizá se haya reencarnado en esos pasos que siempre nos acompañan detrás, o en ese tipo con capucha que parece despistado, mirando a otro lugar, pero que observa atento cómo los tacones de su víctima aceleran sus latidos para llegar al otro lado cuando cruzamos el pasadizo del Duende.

Quizá escucharemos la voz del judío Jato Tello pidiendo justicia, con su lengua atada a un poste, atravesada por un enorme clavo herrumbroso, intentando gritar al tribunal cristiano su infame condena. Podríamos ver la misteriosa estatua del panteón de los Zulueta, que señala a quien va a morir. Algo así como lo que hacía en el Congo el mayor esclavista de Cuba, Julián de Zulueta, señalando a los hombres y mujeres que se llevaba con cadenas hacia sus tierras.

Sin duda, todas las ciudades con pasado arrastran muertes, asesinatos, sucesos inexplicables, macabros, y preguntas que nadie sabe responder. Pero Vitoria es una de esas que se lleva la palma, como vamos a comprobar con los siguientes relatos. Por sus calles, de noche, es mejor no aguzar el oído, no vayamos a quedarnos helados con susurros y apariciones inexplicables y no podamos relatar a nadie lo sucedido por miedo a que nos traten de locos.

LA CATEDRAL DE SANTA MARÍA

Cuánta poética puede abarcar un edificio que lleva siglos amenazando ruina. Es como la lucha de un viejo lobo de mar en medio del océano, la resistencia de un pueblo que no quiere ser conquistado o el cuento de *Los tres cerditos* adaptado a un relato tardomedieval. Por más que el lobo sople, ya nadie cree que conseguirá tirar este edificio que ha inspirado a escritores como Ken Follett, Paulo Coelho, Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique, Arturo Pérez-Reverte, Dominique Lapierre, Antonio Gala... Tantos y tantos son los que han quedado prendados de su dúctil estructura, de su resistencia contra el tiempo, como si de una lucha contra el Goliat de la relatividad se tratase.

Con la caída del Imperio romano se desarticulan todas las estructuras políticas y económicas de la Península. Los sistemas productivos caen en manos estrictamente privadas y, muchas veces, sin conocimiento sobre el trabajo campesino. Las canteras que fabricaban la piedra para los edificios públicos cierran ante la falta de clientela y el comercio de materiales ornamentales cae en una crisis de la que no se recuperará en siglos. Los artesanos no tienen clientes de dinero y deben especializarse en objetos más baratos que requieran menos destreza y belleza, utensilios de uso, no artísticos. De ahí que la mayoría de las construcciones del Alto Medievo sean muy funcionales, sin un carácter de perdurabilidad. Madera, paja, alguna piedra, pero nada de filigranas y ornamentos. Eso queda para el Oriente y la herencia imperial romana que derivará luego en la riqueza cultural musulmana.

Como bien apunta el catedrático Joan Sureda, el arte gótico no es solo el arte de las catedrales, sino también el de las humildes parroquias de la Reconquista. Cohabitan escultores que todavía guardan un refinado cincel y hacen tallas de magnífico acabado con picapedreros que apenas entresacan una figura escueta de un bloque de mármol. Alterna ingenuas figuras que parecen hechas por niños jugando con la piedra y esculturas que parecen grecorromanas aunque con menos fuste.

La siempre enferma catedral de Santa María de la Victoria contiene tres naves, el crucero, un presbiterio rodeado de girola con tres capillas adyacentes y muchas ganas de seguir en pie. Se cree que su construcción está influida por la de Pamplona, pero, sobre todo, por el gótico castellano de Burgos, Burgo de Osma y Santo Domingo de la Calzada.

El lugar donde está situada la catedral de Santa María de Vitoria fue el mismo

donde se ubicó uno de los primeros asentamientos de la zona: la aldea de Gasteiz. Las últimas excavaciones han ido descubriendo restos arqueológicos que datan del siglo VIII. Un poblado excavado en la roca construido con materiales no muy resistentes, como la arcilla, la argamasa y la madera. Más tarde, hacia la mitad del siglo X empiezan a verse los avances en construcción que llegan tanto de Europa como de la España musulmana. Es el período donde lentamente vuelven a asentarse los artesanos y canteros que habían perdido su negocio con la caída del imperio. Se utilizan zócalos de piedra para que el tiempo no acuse tan rápido los efectos del peso de los edificios y así poder construir viviendas más resistentes. Comienzan a trazarse las calles más o menos ordenadas, que podrían corresponderse con la calle de Las Escuelas y Santa María en la actualidad, y también empiezan a verse las primeras diferencias económicas, de posición social, entre sus habitantes. Ya en el siglo X es evidente la elección en la disposición de las viviendas en torno a una morfología común de poblado.

En el siglo XI se levanta la primera muralla de Gasteiz, cuyos restos aún podemos observar en la fábrica de la catedral. La muralla abría sus puertas al exterior y protegía a sus habitantes, que por entonces comenzaban a soñar con crear una gran ciudad, protegida y próspera en el comercio. Entre esas puertas de siete por cuatro podemos imaginar la visita constante de mercaderes y buscadores de fortuna que llegaban desde los pueblos para probar suerte en la nueva ciudad.

Existieron al menos dos iglesias anteriores, con una orientación diferente a la actual. La primera de ellas podría ser la génesis de la actual catedral y se construyó dentro de la muralla con carácter funerario y de oración. La segunda la erige Alfonso VIII como templo-fortaleza, dado que corresponde a una época donde todos eran enemigos, sin una estructura social muy definida y con unas fronteras móviles, a disposición de las querencias de conquista de cada rey. Había que tener cuidado, que el noble con que te aliabas para una cosa no te traicionase al rato para la otra.

En el año 1200 la ciudad es conquistada por Alfonso VIII, rey de Castilla. Un par de años más tarde sufre un incendio que acaba con buena parte de las construcciones que existían hasta la época. A partir de ahí, el rey decide reconstruir y ampliar el tejido urbano con varias calles y el cerramiento del perímetro urbano hacia occidente. Según las investigaciones de Antonio Rivera, el rey pone en marcha un proyecto urbanístico muy ambicioso y decide la construcción de una iglesia que cumpliera un doble objetivo: mejorar la defensa de la ciudad y dotarla de un templo acorde a su nuevo tamaño e importancia. Para la defensa se diseñan para el edificio unos espesos muros, como si de una muralla se tratase.

Alfonso X, en la primera mitad del siglo XIII, comienza la construcción del segundo proyecto de la catedral, la que correspondería a la actual, y de una necrópolis que fue utilizada hasta el siglo XVI. Unos veinte metros de altura y poco detalle interior serían las características de esta construcción, que condicionan la geometría del futuro templo catedralicio. Quizá esa referencia explique por qué los historiadores

del arte no se ponen de acuerdo en la definición de su estilo: unos hablan de gótico clásico, otros de estilo cisterciense y otros de un estilo arcaizante. Quizá no se buscara lo antiguo, sino que se estableció sobre un modelo anterior sin un estilo bien definido.

La construcción de la catedral revitaliza el paso del Camino de Santiago, que cruzaba Vitoria desde Bayona, teniendo en cuenta que el trasiego de creyentes es un buen acicate económico y social, sin obviar el religioso. Este segundo proyecto abarcará un período largo, desde el tercer cuarto hasta finales del siglo XIII. Se levanta el forro de sillería, que reviste el interior; se abren ventanas en los absidiolos y en las capillas contiguas a estos y se abovedan ciertos espacios. Luego, la construcción del templo sufre un parón de algunos años, difíciles de precisar según el historiador Rivera. En este tiempo hay una mejora de los materiales y técnicas de construcción y los canteros vuelven a ser profesionales, ante la necesidad de construcción de la nueva sociedad. Comienza en este período la marca de cantería que ha quedado en muchas piedras actuales de la catedral, marcas que han suscitado grandes misterios. No olvidemos que muchas de las hermandades y logias que luego tendrán una gran importancia en la política, mediante conspiraciones económicas y pactos de poder, nacen al calor de las profesiones y oficios. Es en este período cuando la catedral alcanza el estado en el que se mantiene en la actualidad. Levantan la portada de Santa Ana en el paño occidental del crucero del sur, suman dos pequeños tramos a los pies del edificio y los cierran con otra magnífica portada, la que actualmente está protegida por un pórtico. Elevan un nivel superior para construir un triforio, aunque solo de la zona central. Ejecutan las bóvedas en madera y proponen un tejado a dos aguas, aunque la abren al culto.

El 7 de octubre de 1496 se otorga la bula para trasladar la colegiata de Armentia a Vitoria, aunque se retrasa hasta el 14 de febrero de 1498. Así se convierte la parroquia en una iglesia colegial. La oligarquía vitoriana había conseguido su victoria «convirtiendo su iglesia en un centro eclesiástico del territorio», según el profesor Díaz de Durana. Como bien dice este autor, Vitoria alcanza un rango casi de sede episcopal. A partir de ese momento se debe engrandecer el templo, por lo que vuelven a llevarse a cabo obras desde fines del siglo XV hasta finales del siguiente, que serán las responsables de muchos problemas que ha tenido el edificio desde entonces. La iglesia consigue el título de catedral en 1862, con el nacimiento oficial de la diócesis de Vitoria, unos cuantos años más tarde.

En el siglo XVI se construye la torre, el coro, las capillas de San Juan, la Inmaculada Concepción, Altar del Cristo, San Roque, San Marcos, de los Reyes, San Bartolomé, San José, San Prudencio y sepulcros como los de Ortiz de Caicedo, don Cristóbal Martínez de Alegría, don Martín Sáez de Salinas, entre otros.

Las bóvedas de piedra se realizan en esta época, sustituyendo las de madera, y se proyectan las nuevas bóvedas. Estos pesos y cargas se colocan sin un estudio demasiado exhaustivo del edificio y serán la causa de los males que sufrirán los

muros y otros elementos de sustentación, deformando ligeramente el edificio hasta darle el aspecto que tiene hoy. Aquí comienza la larga lucha contra la gravedad con la que tiene que lidiar la vieja catedral.

En varios documentos de 1647 se habla de una alarma de ruina: el edificio puede caer si no se realiza un trabajo sobre los contrafuertes y se refuerza la sustentación.

Lo que al presente necesita reparar en dicha yglesia de Santa María es levantar todos los tejados así de la nave principal como los cruceros [...] por estar fundados sobre las bóvedas, y ser esto causa de aber reventado los arcos torales y cruçero y aber desplomado las paredes principales.

Comienza una cuenta atrás reconstruyendo bóvedas, librando cargas, articulando una nueva cubierta de carpintería y algún que otro arreglo más, que no llegaron a subsanar los problemas. El edificio se sigue quejando, pero, aunque amenaza, sigue en pie.

El arquitecto Martín Saracíbar sacrificará en 1856 y 1870 dos capillas para generar contrafuertes: la capilla de Santa Victoria y la capilla de los Reyes. Luego Manuel Lorente, en la década de los sesenta del pasado siglo, modificó bastante el aspecto de la catedral al intentar restaurar los problemas estructurales, ayudando a que siguiera en pie y tratando, sin éxito, de mantener su aspecto inicial, puramente gótico. Para ello, se gastó la mayor parte del dinero de la restauración en quitar los revestimientos posteriores a la época y, con ello, varios contrafuertes, haciendo flaco favor al edificio, que volvió a caerse ligeramente hacia el oeste.

Actualmente sigue en proceso de restauración; se estableció un Plan Director de Restauración Integral de la Catedral y se creó la Fundación Catedral Santa María. Es impresionante caminar por las calles que han colocado los restauradores. Es como mancillar las entrañas de un animal viejo, un dinosaurio que nos deja, como si fuéramos Jonás, convivir con sus tripas. Nos muestra el subsuelo, el proceso de construcción, la tierra movida hace tantos siglos y que sigue ahí esperando que alguien consiga apuntalar las columnas para que el tiempo siga perdonando la falta de destreza de los hombres.

Otras catedrales son más impresionantes, más sobrecogedoras, más señoriales, pero pocos edificios nos transmiten una comunión emocional tan grande con la imposibilidad de ser perfecto. Como en un cuento de Eduardo Galeano, es como si nos pidiese aliento para levantarse. La belleza de lo imperfecto es la más humana de las bellezas.

EL JURAMENTO DEL MACHETE

—Si así lo hicieréis, Dios y la Virgen de Estíbaliz os lo premien, y si no, os lo demanden, y córteseos la cabeza con este machete vitoriano.

Así expone don José Colá las palabras del abad en el relato que escribe en 1911 sobre el juramento del machete. La fiesta comenzaba desde la mañana, cuando los músicos ya entonaban a la salida del sol que la jornada era solemne. La sierra de Badaya se aclaraba y las gentes de la Nueva Victoria se despertaban recordando que ese era el día en el que el nuevo síndico procurador general iba a jurar su cargo ante Dios y ante el machete. Las puertas de Santa María, San Bartolomé, la Soledad, Santa Ana y San Francisco Javier daban entrada a los asistentes al acto. Los ricos y nobles, en corceles paramentados con vistosos atavíos, y los pobres, con sus ropas de labranza, algo limpias, quizá las de los domingos, aportaban el tono adecuado a la fiesta. Miraban el reloj de Santa María para ver si las autoridades llegaban puntuales y se iban a desayunar antes del acto consistorial. Las campanas tocaban y los heraldos y pregoneros distribuían el bando por toda la ciudad, por si alguien todavía no se ha enterado.

Por fin, damas y caballeros descienden de Villa-Suso por la villa de San Bartolomé en dirección a la iglesia de San Miguel y atraviesan la plaza del Machete, que está ultimando su decoración para la fiesta: banderolas, gallardetes sobre mástiles forrados con papel y guirnaldas. La misa de San Miguel hoy es de carácter patriótico, ensalzando las virtudes de la villa y la provincia. Quizá entre la voz del abad y el órgano se forme un coro etéreo que otorgue la debida solemnidad al acto. Al terminar, con todo el clero ataviado de fiesta y puestos en pie los próceres de la ciudad, el nuevo síndico coloca una mano sobre los Evangelios y observa el machete vitoriano dispuesto sobre el altar mayor. Momentos después, cuando el futuro concejal haya tragado saliva y haya reflexionado sobre la hoja del viejo cuchillo acariciando su gatzate, ante Dios y el arcángel entona su juramento. A veces con voz temblorosa y otras veces con la seguridad de quien llega al consistorio para hacer el bien a la comunidad.

El abad repetía la amenaza, por si acaso no le había quedado del todo clara al edil entrante. Sin duda, lo de cortarle la cabeza sería metafórico o en tono exagerado, pero no estaba mal como aviso a navegantes de lo que les podría pasar si en ellos calaba la corrupción. La voz grave del abad y su gesto solemne hacían pesar el contenido de

sus palabras que resonaban, repitiéndose, golpeadas contra el ábside de la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel.

Luego salían de la iglesia y marchaban en procesión los nuevos cargos entre las autoridades y el pueblo vigilante. Hasta la plaza del Machete se entonaban músicas de la tierra con maceros y clarines, tambores y pífanos agitando con sus notas el carácter poderoso del acto. El nuevo síndico todavía miraba con cierto recelo a quien supiera de sus cuentas futuras o de sus intenciones, si fuera el caso de no tener bonhomía. Las autoridades se colocaban junto al medianeto, llamado así el lugar para hacer juicio en la plaza, a espaldas del altar mayor de San Miguel. Se abría el estuche labrado que contenía el machete vitoriano y se ofrecía como símbolo de justicia y bien. Las autoridades civiles, los nobles y los fijodalgos (que según el relato eran los que vestían de seda, bruñidas corazas y adornos de oro, plumas azules, blancas y rojas) tomaban asiento. Los síndicos salientes se sentaban a un lado y los entrantes en el contrario. También los acompañaban los ministros del Señor, los jueces de la ciudad y algún que otro cargo militar que andaba despistado pensando en sus cosas. Las tribunas, por supuesto, eran ocupadas por las damas de alta alcurnia, aquellas que habían mantenido sus títulos de nobleza alavesa, que se distanciaban del vulgo, o la clase humilde, como ya se llamaba en aquella época, con sus sedas de corte, pedrería lujosa y postura esculpida. El nuevo síndico, a corta distancia del medianeto, escuchaba, como todos, las palabras del secretario. Una retahíla de prerrogativas, derechos y regalías que desde ese momento iba a disfrutar y debía cumplir, emplazando al pueblo, que abarrotaba los huecos libres de la plaza, a protestar contra él si lo considerase oportuno. Por fin, el nuevo edil hincaba su rodilla y prestaba el juramento por segunda vez y besaba el machete con profunda reverencia. Se desataba el júbilo, todos aplaudían, cada uno según su clase le permitiera, y las músicas volvían a decorar tan solemne acto con sus canciones alavesas.

Quizá lo mejor fuera lo que venía a continuación, como siempre excluyente para el pueblo llano, que volvía a sus quehaceres de ollas vacías: el banquete oficial en el salón principal de la Casa del Concejo. Allí, ya olvidados los apuros de imaginar la hoja del machete en el gznate, se hacían los verdaderos negocios consistoriales y se perfilaban los nuevos amigos para el mandato. Fuera se celebraban festejos hasta la hora de las oraciones, donde cada mochuelo debía irse a su olivo, eso sí, abandonando los forasteros la ciudad antes de que los guardianes atrancaran sus puertas.

El señor Colá, que recogió todo este acto a finales del siglo XIX, nos comenta cómo le había picado la curiosidad sobre el machete que desde 1841 permanecía en su estuche del consistorio:

Como tanto se había hablado y escrito acerca del célebre machete vitoriano desde el año 1841, en que por última vez se verificó el renombrado juramento, en el año 1883 me decidí a comprobar la existencia del singular machete, que se decía guardado en la parte exterior del ábside de la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel. Para ello invité a un concejal farmacéutico, del Ayuntamiento del

año citado, a fin de que presentara a la corporación la consiguiente moción, presentada el 25 de abril de 1883, en la cual decía el señor regidor aludido «que consideraba llegado el momento de que, velando el municipio por la conservación del lustre y prez de una de sus antiguas glorias, simbolizada en el tradicional machete que servía para el acto de jurar solemnemente el procurador síndico general la defensa de los derechos de la ciudad al tomar posesión del cargo, se examinase el lugar donde se había depositado y se verificase el traslado al archivo con todo aparato». El 2 de mayo del mismo año se verificó la traslación sin aparato ninguno; asistiendo al acto de retirar la lápida que en el ábside señalaba el sitio donde se guardaba el alcalde, el síndico y regidor autor de la moción. Momentos después de extraído, se me entregó y lo hice fotografiar, publicando la fotografía y otras varias más y diversos grabados en mi libro La ciudad de Vitoria, que apareció ese año de 1883, a cuyo libro remito a los que por sus aficiones y estudios quieran tener datos del famoso machete, puesto ahora en una vitrina del archivo municipal.

La historia del famoso juramento viene de antaño. Los Reyes Católicos disponen en 1476 que la elección del procurador general y la elección de cargos del Concejo vitoriano se hicieran el día de San Miguel, 29 de septiembre^[2], y en el altar mayor de dicha iglesia. Allí, como hemos relatado antes, se producía el acto y el nuevo procurador respondía: «Con este (machete) me quiten la vida si no hiciera todo lo que conviene para la defensa de esta ciudad y su jurisdicción». Y según los datos de que disponemos, se vino realizando este juramento de igual manera hasta la Primera Guerra Carlista de 1841. Ahora podemos ver el machete labrado en piedra con una inscripción en su punta, hacia donde, según cuenta la liturgia, miraba el nuevo cargo de frente y repetía:

*Juro ante Dios nuestro Señor y a Santa María, su madre,
y por las palabras de los santos cuatro Evangelios
y por la señal de la cruz de la vara del señor alcalde,
y por el machete vitoriano donde corporalmente
he puesto mi mano derecha,
como tal procurador general de esta ciudad y su jurisdicción,
seguiré y defenderé todos los pleitos, privilegios,
franquezas, excepciones y libertades
que esta ciudad tiene.
Y si así no lo hiciere y cumpliere,
Dios me lo demande y me sea cortada la cabeza
con el alfanje de hierro y acero agudo
tal y de la forma del machete vitoriano.
Así lo juro. Amén.*

En 1883 se traslada el machete desde la iglesia de San Miguel al archivo del Ayuntamiento, donde se deposita en una artística vitrina, de forma que en el templo queda solo la escultura en piedra con la inscripción del juramento.

Hay que tener en cuenta que los regidores eran quienes manejaban los dineros del consistorio y que el procurador debía ser el protector de Vitoria frente al resto del Estado, mantener sus usos y costumbres, su fama, su honra y su hacienda. Las atribuciones del nuevo cargo incluían también establecer los repartos económicos

entre los vecinos, actuar como primer comisario, así como lugarteniente del diputado general, congregar a la Junta Particular de la provincia y a las Juntas Generales, presidiéndolas y votando en primer lugar. Representaba una especie de nexo entre el Ayuntamiento y las Juntas.

En un cuaderno de 1476 se constata la composición elitista de las Juntas, cuyos cargos quedaban reservados a «los hombres buenos e de buenas famas e ydóneos e pertenecientes, hombres ricos e abonados». O lo que es lo mismo: si no contabas con cuarenta mil maravedís, no podías ser juntero. Según los registros, en 1510 tan solo tres de los ciento noventa y seis vecinos de Vitoria cumplían tales exigencias, como nos cuenta el magnífico libro *Historia de Álava*, de Antonio Rivera. Otro dato de interés es que el nuevo cargo lo elegía el saliente, o los cuatro oficios mayores salientes, a la sazón: el alcalde, dos regidores y el procurador general. Así, el 29 de septiembre, festividad de San Miguel, se hacía el paripé del sorteo de los futuros ediles, como si realmente no estuvieran elegidos de antemano. El sistema era sencillo: se escribían en unos papeles los nombres de los candidatos y se colocaban en unos globos de plata que se introducían en una jarra; después la mano inocente de un niño extraía una bola al azar. Raro era que no saliera el candidato previsto, y así lo hizo durante siglos la minoría dirigente. Aun así, las elecciones vitorianas fueron impugnadas con relativa frecuencia y el Consejo de Castilla enviaba algún comisario para poner alguna multa y dar un par de tirones de orejas. Se tiene constancia de que en algún juramento fue tal el descaro del pucherazo que el propio pueblo se levantaba en algarada contra el juramento del futuro prócer. De todas formas, no tomemos este caso como algo peculiar vitoriano, porque era una práctica habitual en todo el Estado, la constatación de cómo las corruptelas manejadas por Juntas y hermandades no iban a dejar los cargos en manos de revolucionarios que quisieran discutir sus privilegios. Luego al pueblo le caerían mejor unos u otros por vaya usted a saber qué razones.

Además de la Pragmática Sanción de 1783 promulgada contra los gitanos y dictada por el diputado general de Álava, donde se les instaba a ponerse a trabajar y se castigaba su vagancia, es interesante la ordenanza de 1747, por la que se llega a prohibir que los extranjeros accedan a los cargos municipales. Ya en 1710, nos cuenta Rivera, una real cédula exige a los foráneos que quieran afincarse en el territorio sus filiaciones de naturaleza, legitimidad y limpieza de sangre. Citamos: «A fin de conservar la pureza que han tenido y deben tener todos los que han sido, son y fueren vecinos, moradores y habitantes en esta provincia. Y preservarla por este medio de todo género de mezcla, raza y mancha infecta que pueda denigrar la limpieza y nobleza que se ha procurado». Esta cita, que bien podría figurar en el *Mein Kampf* o en cualquier otro libro eugenésico, habla de los entonces enemigos de la patria: gitanos, árabes, musulmanes, judíos, miembros de países en guerra e imaginamos que también, por extensión, se referirían a los de pensamiento contrario.

Un caso aparte fue la invasión francesa de 1808 a 1813. Allí todo se vio transformado, tanto en su forma de gobierno como en su estructura fiscal. La

resistencia popular de ciertos guerrilleros impuso una represión notable en Vitoria, como la sufrida por Sebastián Fernández de Lecete, conocido como Dos Pelos. Esta violencia produjo un éxodo de población civil y llevó a la ciudad a la hambruna de 1812, que tuvo un impacto desastroso. Los bienes eclesiales y municipales se vendieron y se generó una nueva clase potentada que había comprado los «paquetes»: burgueses comerciantes, de la banca y las finanzas se hicieron con las propiedades cambiando las estructuras de poder. Por fin, el 21 de junio de 1813, la Batalla de Vitoria (aquella que se dice que inspiró a Beethoven para *La victoria de Wellington*) hizo al ejército francés tomar las de Villadiego y atravesar la frontera con José Bonaparte apesadumbrado.

La plaza del Machete Vitoriano (según documento fechado en 1806) tiene una larga historia en la villa. Según nos cuentan Henrike Knöör Borrás y Elena Martínez de Madina en su obra *Toponimia de Vitoria I*, de 2009, la plaza fue en un principio sede de una feria vacuna, conocida como «el mercado del Alba». De ahí pasó a llamarse plaza de los Bueyes hasta el siglo XVIII. Se ubica justo a la espalda del altar mayor de la iglesia de San Miguel Arcángel, de la que se dice que es uno de los más bellos templos de Vitoria. Situada entre dos grandes plazas y con un buen número de calles adyacentes que la convertían en el centro neurálgico de la capital, era el lazo de unión entre la ciudad vieja y la ciudad nueva. Su estilo gótico ha sufrido varias restauraciones, más o menos cuidadosas con su carácter inicial, pero que no han minado su belleza ornamental. José Colá y Goiti hace un repaso de las cualidades del edificio en la *Revista Bascongada* publicada en febrero de 1899, a tenor de las remodelaciones que pretende llevar a cabo en esas fechas el famoso arquitecto Julio Saracíbar en el templo.

Sin duda, hablar del juramento del Machete es hablar de la historia de Vitoria y de Álava, de cómo se ha ido conformando la política nacional desde los Reyes Católicos hasta entrado el siglo XIX. Quizá sería interesante proponer que los nuevos cargos públicos, ahora que han puesto tan en boga las corruptelas y las cuentas en paraísos fiscales, vuelvan a realizar el juramento ante el machete y otorguemos a este el poder de cortar, al menos, el flequillo de los inmorales.

EL ORFANATO DE MARÍA SARMIENTO

María Sarmiento fue señora de Salinillas, hija del mariscal de Castilla Diego Gómez Sarmiento y de Leonor Enríquez de Castilla, biznieta de Alfonso XI. Cuna no le faltaba. Casó con Fernán Pérez de Ayala, hijo del canciller Ayala, cuyo misterioso escudo de armas son dos lobos corriendo con la lengua fuera. Se dice que a tan noble mujer le gustaba hacer buenas obras y aliviar a los pobres de su miserable vida, tan diferente a la que ella disfrutaba.

Un día, paseando por Vitoria, la mujer encontró un niño llorando cerca del edificio de Correos y se lo llevó a casa para ofrecerle un tentempié, pero al poco, el pequeño desapareció sin dejar rastro por un pasillo de la casa que no tenía salida a la calle. Lo buscaron por todos lados, pero nunca más se supo de él. Ella pensó que era un mensaje de Dios, que le decía que debía ayudar a los niños más necesitados, y decidió construir un orfanato, el hospital Virgen del Cabello, actual hospital de Santiago. Lo erigió en el lugar donde antes había una casa de peregrinaje y su misión principal sería el auxilio y curación de peregrinos, pobres y enfermos, según consta en la petición que Fernán Pérez de Ayala alzó al papa Martín V. Su construcción comenzó en 1420 y cinco años después ya se encontraba en funcionamiento, administrado por los franciscanos. Otro hospital vitoriano era el de San Pedro, el llamado Hospital de las Viudas, donde se acogía a las pobres viudas que cayeran enfermas y fueran, según los estatutos, pobres y honestas.

Tendremos que agradecer pues a aquel fantasma infantil la creación del hospital, tengamos cuidado no vayamos a encontrarnos con él en el ascensor o en los alrededores, pidiéndonos algo de comer.

EL FANTASMA DE ANDRESITO

Entre el Banco de España y Hacienda, donde estaba el convento de San Francisco, nos encontramos con la leyenda del niño Andresito, que juega al balón tranquilo, aunque es un fantasma. Imaginemos la cara de los funcionarios y la sorpresa de los vecinos cuando el chaval sigue dando pelotazos a las paredes del edificio, correteando de un lado a otro, sin crecer nunca.

Quizá fue la maldición de la nieta de don Diego López de Haro, el fundador de Bilbao, que incluyó un testamento sobre el edificio en el que se aparece Andresito y donde maldice a quien modificase la edificación en la que ella había colaborado.

En la calle Olaguibel, en el edificio de Hacienda, saben que Andresito no juega solo. Hay quien asegura haber oído niños correteando como en un patio del recreo, jugando y cantando canciones. Objetos que cambian de lugar, muebles que se mueven y aparecen tumbados, ascensores que se ponen en funcionamiento o luces que se encienden y apagan solas. De hecho, los vigilantes nocturnos han renunciado al trabajo y no quieren saber nada de pasar vigilias entre niños fantasmas.

No hay más que pasar por allí y preguntar a los funcionarios por «el edificio de Andresito», y con gusto nos señalarán su lugar de trabajo.

HAN QUEMADO A SÁNCHEZ BILBAO

A mediados del siglo xv vivía en Vitoria don Pedro Sánchez Bilbao, un judío converso que ejercía la profesión de médico. Se casó en segundas nupcias con María Ruíz de Gauna, mitad por amor, mitad para «limpiar su sangre» con una cristiana vieja. Don Pedro fue una persona querida y respetada y mantuvo una vida dedicada al trabajo y a su ciudad. Falleció en 1473 dejando cuatro hijos.

Hasta aquí no es más que la historia de un hombre trabajador con una vida normal, pero en el año 1494 fue denunciado ante el Santo Oficio por el linaje de los Escoriaza, y fue condenado póstumamente como hereje y apóstata judaizante. Sus huesos fueron desenterrados y quemados en la calzada que iba del convento de San Francisco a la calle Correría. Para infamia de su linaje, fue colocado su sambenito en la iglesia de Santa María de Vitoria, en el segundo pilar entrando a mano izquierda, con la siguiente inscripción: «Pedro Sánchez de Bilbao, físico, vecino de Vitoria, difunto, cristiano nuevo de judío, condenado por hereje judaizante en el año 1494», según nos relata Ignacio Garaluce.

Y sigue la cadena de infamias. Uno de los hijos de Pedro, Juan, fue un mercader que amasó demasiado dinero y propiedades, prosperidad que nunca les perdonaron a los judíos los cristianos viejos que, poco a poco, se estaban haciendo con el poder. Uno de los Escoriaza, Martín, le dio una estocada de muerte a Juan, imaginamos que motivada por su condición de judío.

Los Sánchez Bilbao no solo se dedicaban al comercio, sino también al préstamo de dinero y al cobro de la renta de las casas y tierras que tenían en propiedad, repartidas por distintas localidades alavesas, burgalesas y riojanas. Vivían en la casa del Cordón, situada en la calle de la Cuchillería. Las órdenes mendicantes de la época se tomaron al pie de la letra aquello que dice el Evangelio de «más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios», y atacaron en sus sermones a los hacendados y, sobre todo, a los judíos que amasaban fortuna con el préstamo y la usura, como comenta el historiador Ernesto García Fernández. No era de extrañar el odio que le profesaban a Juan Sánchez Bilbao si leemos lo que dejó en cuenta en su testamento: doscientos mil maravedís en el cofre del contador; ochenta nobles de oro, seis mil tarjas y treinta mil maravedís de oro en otro cofre. Sin duda, era una gran suma, sin contar casas y propiedades. Además había dispuesto veinte mil maravedís para el altar donde iban a ser enterrados él y su mujer en el

monasterio de San Francisco de Vitoria. En su testamento legó una importante suma a la Iglesia, y otra no menos importante a su familia, además de diversos repartos entre criados, pobres, la vecindad de la Cuchillería y obras públicas. A pesar de todo, no iban a decir los ricos cristianos viejos que era un buen hombre. Les venía muy bien que los cristianos pobres pensaran que solo los judíos tenían dinero, quedando ellos exculpados de su avaricia.

Quizá alguien en gabardina y maletín nos entregue el testamento de Pedro Sánchez Bilbao o, directamente, se nos aparezca de noche el muñeco de su fantasma quemado pidiendo justicia por la muerte de su hijo en la casa del Cordón. Sus hijas casadas con telas de Londres, las más bellas telas que podrían servir de mortaja, también se nos pueden aparecer pidiendo justicia. Y razón no les falta.

LOS CELEDONES

En las fiestas podemos encontrarnos, cuando ya estemos inundados de los efluvios del alcohol, con «el enigma de los dos Celedones». Unos dicen que el símbolo de las fiestas vitorianas, ese personaje que baja con un paraguas, a lo Mary Poppins, flotando como si volase, fue un vecino de Zaldondo, un pueblo cercano, que apuraba las fiestas como si le fuera la vida en ello. Tan bien se lo pasaba el tal Celedonio Alzola que tenían una fila de acólitos esperándolo para liarla de alborada en alborada. Se dice que vivió en el siglo XVIII en la calle de la Zapatería. Sin embargo, hay otros que defienden a Celedón Iturralde, un antiguo carlista de un pueblo llamado Bitoriano, como el verdadero Celedón. El maestro organista Ruiz de Azúa, compañero de armas, le dedicó a este último el pasacalles que da comienzo a las fiestas patronales de la Virgen Blanca cada 4 de agosto. Si bien la historia no tiene muertos ni fantasmas, sí forma parte ya de la mitología de Vitoria.

EL TESORO DE DUCASSE

El tesoro de los franceses. Así como suena. Un tal Ramiro Gutiérrez mantuvo siempre que estaba en su casa, o eso comenta su biznieto. Se cuenta que en la Batalla de Vitoria las tropas napoleónicas, acosadas por los ingleses, escondieron en algún sitio de la villa un cofre repleto de oro y joyas. Habían iniciado la retirada y el cofre pesaba demasiado para cargar con él.

Los franceses habían invadido la Península y se enfrentaban a una alianza de portugueses, españoles y británicos al mando del futuro duque de Wellington, Arthur Wellesley. La Batalla de Vitoria, librada el 21 de junio de 1813, supuso la retirada definitiva de los gabachos hacia tierras propias y la devolución de la corona a Fernando VII.

Pero sigamos con nuestra historia. La guerra estaba bastante decantada antes de la famosa batalla: los napoleónicos iban perdiendo poco a poco todos y cada uno de sus bastiones. Wellington reorganizó sus tropas y esperó a la primavera, conocedor de que el buen tiempo agilizaría sus movimientos y evitaría males y sufrimientos a sus tropas. Al fin y al cabo, los franceses ya tenían demasiadas cosas de las que preocuparse. En Rusia estaban mermando sus fuerzas desde hacía un tiempo y al vigoroso Napoleón no le quedaba mucho más que discutir en Europa antes de volver a su tierra con cuantos hombres pudiera llevar consigo.

Nuestra batalla ya comenzó mal para los invasores: José Bonaparte decidió dejar atrás más de ciento cincuenta cañones, unos ocho mil hombres entre muertos y heridos y dos mil prisioneros que recibieron felices a las tropas aliadas.

Dicen que fue ahí, justo en ese momento decisivo de la huida, cuando un regimiento de húsares ingleses atacó la berlina del francés, que formaba parte de una caravana en la que se llevaba a Francia buena parte del saqueo al que había sometido a la Península en los años de invasión. El profesor Ortiz de Ortuño defiende que, después de vencer, los húsares no fueron a rematar a las tropas francesas porque se encontraron el tesoro varado en el barro, con unos carros que habían quedado inutilizados por el excesivo peso. Imaginemos el rostro de los sedientos anglosajones cuando se toparon con los cofres llenos. Un saqueo de guerra de nueve kilómetros, desde Vitoria a Matauco, eso dicen que ocupaban los carros. Cómo sería el oprobio que parece que el propio Wellington escribiría a tenor del suceso: «The British soldier is the scum of the earth, enlisted for drink»^[3]. Tampoco imaginamos a los soldados

de los demás países leyendo a Aristóteles después de la batalla o ayudando a las viejecitas a cruzar la calle. Las guerras, entonces y ahora, son despiadadas y muestran lo peor de nuestra naturaleza.

Pero la historia del tesoro español no terminó ahí, ni mucho menos. Como en todas las guerras, ante la rapiña de soldadescas ávidas de saqueos y el descontrol de los primeros momentos de la victoria, este suceso conoció versiones de todo tipo. Hay quienes defendieron que parte del tesoro se enterró, otros que ya se lo habían llevado, otros que nunca estuvo ahí. En fin, que los bares y tascas de aquí a París y los oídos de los que querían escuchar viejas historias tuvieron material para entretener a sus aburridos clientes.

No sabemos de boca de quién escuchó monsieur Ducasse la historia del tesoro enterrado. Pero se puso manos a la obra y preparó la expedición de una manera bastante oficial. Ducasse sufragó a mediados del siglo XIX una excavación en la ciudad de Vitoria en busca del cofre. El 15 de julio de 1847 se presentó en el consistorio para pedir permiso al gobierno municipal, con un papel del jefe político de Álava, en representación de la Isabelona, la reina Isabel II de España. El Ayuntamiento le proporcionó todo tipo de ayuda, incluso sufragó parte del proyecto de excavaciones a cambio de dos terceras partes del supuesto tesoro. Quizá lo que buscara el misterioso francés no fuera más que alguna pequeña parte enterrada que algún soldado escondió para mejores tiempos. Una casa, un pajar, la orilla del río, edificios oficiales... ¿Dónde buscar? Excavó de sol a sol durante varios días, entre la calle del Prado y el camino Real, donde sus fuentes le habían dicho que se encontraba la fortuna. Por supuesto, fue un rotundo fracaso, pero eso no quiere decir que no esté por ahí escondido debajo de la casa de algún feliz ignorante. Nada menos que unos dos mil carros dejó en el barro José Bonaparte, demasiado dinero, demasiadas joyas, demasiado tesoro para controlarlo. Dicen que fueron los propios soldados franceses quienes comenzaron el expolio y se pusieron de acuerdo con los que llegaron después para hacer caso omiso a la guerra y llenarse los bolsillos. Al fin y al cabo, en un par de años serían amigos otra vez.

El general e historiador británico W. Napier anotó en 1828 cómo el ejército marchaba pisando oro y plata enterrados en el barro. Dice que serían unos cinco millones y medio de duros, de los cuales no se recuperó ni uno solo.

En los alrededores de Vitoria, en los meses y años posteriores, se llegó a establecer una especie de mercado para cambiar lo robado: ropas, alhajas, armas, monedas, objetos de todo tipo. El historiador Ortiz de Ortuño comenta que llegaron a ofrecer ocho duros por cada guinea. La pena es que la mitad de España se moría de hambre, sin apenas poder pagar un trozo de pan. Así quedó el país...

EL CRUEL NEGRERO

Hablar de los indianos es hablar de aquellos que tuvieron que emigrar para buscar nuevos horizontes dejando una tierra a menudo esquilada por la pobreza, el duro trabajo y una suerte dispar. La emigración fue la esperanza de un buen número de alaveses que no veían futuro en sus tierras y en sus manos. El siglo XIX conoció un gran aumento demográfico que no se vio acompañado de un avance agrario ni industrial en Álava. Para algunos, la emigración fue un cúmulo de calamidades; para otros, la oportunidad de hacer dinero y reinventarse. Además, hay que tener en cuenta las constantes guerras que asolarían las tierras vascas y que hicieron imposible atraer capitales a la provincia, por miedo a los desmanes de los conflictos carlistas.

Julián de Zulueta y Amondo fue, sin duda, uno de los hombres más poderosos del XIX, un emprendedor que hizo capital con el tráfico de esclavos y el azúcar. A los dieciocho años emigró a Cuba, en 1832, desde la pequeña aldea alavesa de Anúcita. Heredó de su tío Tiburcio de Zulueta y Salcedo sus primeros negocios en Cuba, sobre todo dedicados al tabaco, ya que este nunca tuvo descendencia y Julián supo aprovechar la situación mostrando un gran ingenio. Cuba, al contrario que otros territorios americanos, se mantuvo dependiente de España, quizá por el beneficio que suponían para los ricos hacendados las leyes españolas en favor de la esclavitud. El azúcar desplazó al tabaco y se creó la «sacarocracia», formada por los criollos ennoblecidos que hicieron grandes emporios con la caña de azúcar.

Uno de los mejores análisis de la figura de Julián de Zulueta es el estudio que hizo Urko Apaola, donde nos transmite la deriva de un personaje que pasó de ser «el negrero más cruel de La Habana» a marqués de Álava, y cuya familia dedicó mucho dinero a labores culturales y de infraestructura tanto en España como en Cuba. Quizá la historia va y viene, y olvida elementos importantes en favor de otros, según sea la política del momento. Lo cierto es que es un personaje históricamente muy interesante y muy olvidado en su matiz real.

Muchos hablan de él como un negrero cruel, pero ¿qué esclavista no lo era? Hablamos de una profesión donde los hombres eran considerados animales de trabajo y se los trataba en consecuencia, como mano de obra que abarataba la labor manual de las plantaciones. Incluso se guardan documentos del propio Julián donde se subarriendan temporalmente esclavos de una a otra plantación, como caballos o material de labranza. Para los esclavistas eran lo mismo: dinero.

Pero no todo se quedaba en los negros. Zulueta y los esclavistas cubanos trataron de hacer lo mismo con los blancos, y aunque no les salió del todo bien, sí lo lograron con chinos y habitantes del Yucatán. El investigador Iñaki Agirreazkuenaga nos habla también de unas declaraciones del propio Julián en las que se plantea «la trata amarilla», la incorporación de mano de obra esclava o semiesclava china, después del intento fallido de traer mano de obra blanca a la isla de Cuba. Para ello utilizaba la empresa Zulueta & Cía, afincada en Londres, donde, junto a Pedro Juan de Zulueta^[4], organizaba viajes para emigrantes chinos que poco distaban de los barcos negreros. De hecho, podemos observar en sus propios manuscritos cómo le sorprende que los chinos no muestren resignación con la suerte que les ha tocado y, aún más, que muchos de ellos acabaran suicidándose con la horca. Así es más fácil de entender esa manera de vivir que tenían los que mandaban en las plantaciones.

Tampoco eran muy diferentes los empresarios ingleses que estaban en contra de la esclavitud, pero que esclavizaban con salarios ridículos y precarias condiciones a los trabajadores de sus industrias. Quizá en ellos sí que habían calado las doctrinas de Adam Smith que afirman que el trabajador esclavo es menos productivo que el asalariado. Es cuando menos gracioso, a estas alturas de la crisis actual, hablar de estos conceptos si damos una vuelta por las economías del mundo globalizado donde la tasa de esclavitud sigue siendo considerable en muchos países y la precariedad laboral está a la orden del día.

Zulueta no era uno de esos antiguos potentados que quería sentarse en su porche a verlas venir, a disfrutar de la herencia recibida, a mantener y conservar lo que le había sido otorgado por cuna. Muy al contrario, y esa es su dicotomía, introdujo las nuevas tecnologías que se estaban utilizando en Europa, como las máquinas de vapor, construyó ferrocarriles para el transporte de sus productos y estableció una línea naval propia para agilizar su comercio y la obtención de mano de obra esclava. De esa manera, lo que empezó siendo una hacienda de tabaco y cafetales del realengo de Pependencias se convirtió en uno de los mayores capitales del siglo XIX. Extendió sus tres campos de cultivo (llamados Álava, Vizcaya y Habana) y fabricó, con una política emprendedora, ágil, desprovista de cortapisas morales, un fantástico emporio económico y empresarial que tuvo una importante influencia tanto en Cuba como en España.

Por supuesto, como todos los ricos hacendados que no querían ver al Estado inmiscuirse en sus decisiones, caminó por la política con la intención no de proteger e impulsar al país cubano, sino de proteger sus propios intereses. Así, llegó a ser consejero de Hacienda del Gobierno colonial, cónsul del Real Tribunal de Comercio, presidente de la Comisión Central de Colonización y de las Juntas de la Deuda, Hacendados y Propietarios. También fue alcalde de La Habana entre 1864 y 1876, coronel de voluntarios en la Guerra de los Diez Años, senador vitalicio del Reino de España y diputado a Cortes por Álava, presidente del Casino Español de La Habana y Gran Cruz y Comendador de la orden de Isabel la Católica. Además, fue nombrado

primer marqués de Álava y primer vizconde de Casablanca, títulos creados expresamente por Alfonso XII para premiar su labor en contra de los intentos de independencia cubanos. Quizá habría que reflexionar, investigando en su biografía, si cuando él mismo se hacía llamar marqués de Álava lo hacía de su propia plantación (Álava) o de la tierra española. Nunca lo sabremos. Lo que sí podemos entrever es el mismo comportamiento en otros latifundistas, semejantes a modernos señores feudales que caminaron por el siglo XIX alternando el pasado y el presente.

Hugh Thomas, en su libro *La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, le llama «el último negrero de Cuba» y nos aclara un poco su figura. Los ingleses habían prohibido la trata de esclavos, por la asimilación de las ideas liberales de Smith y compañía, e intentaron por todos los medios controlar el tráfico. Pero Zulueta contaba con una flotilla de clíperes, la mayoría fabricados en Baltimore, que eran uno de los modelos de barco más veloces de la época. Así, con su propia línea marítima y sus propios barcos, era realmente difícil controlar sus movimientos. A menudo transportaba de cuatrocientos a quinientos esclavos directamente desde Cabinda, cerca del río Congo, hasta Cuba. Thomas también nos relata cómo Zulueta solía hacer vacunar a sus esclavos antes de que emprendieran el viaje a través del Atlántico. Un gesto de humanidad, irónicamente hablando. Luego comenzó a emplear, a partir de 1850, vapores que podían transportar hasta mil cautivos^[5].

El papa Pío II había condenado en 1462 la costumbre de esclavizar a africanos bautizados, no así a los otros. Recordemos las palabras de Nicolás V, diez años antes, cuando aconsejaba al rey de Portugal esclavizar sarracenos, paganos y otros infieles. Pero Zulueta hacía caso omiso y bautizaba a los esclavos antes de embarcarlos, quizá para que pacificaran su alma con el Altísimo antes de partir hacia una muerte casi segura, por las condiciones de transporte.

Podríamos escribir una serie policiaca sobre las triquiñuelas que ideaban los Zulueta para despistar el control británico de comercio esclavista, cambiando las banderas de los buques o modificando a última hora las órdenes de ruta. Sin duda, un genio para hacer de su capa un sayo.

El comercio de esclavos desde el siglo XV al XX podría situarse en cifras que varían entre los once y los veinticinco millones de personas arrancadas de sus tierras a la fuerza y obligadas a trabajar hasta morir.

En 1860 una cuarta parte del comercio de azúcar se producía en Cuba; por eso, aunque el papa Gregorio XVI en 1838 hubiera prohibido la esclavitud bajo pena de excomuniación, los católicos azucareros como Zulueta decidieron tomar las órdenes de la Iglesia según les convenía. Hasta el punto de que esa abolición no llegará a Cuba, a pesar de las peticiones de hombres de Estado como Castelar^[6], hasta 1886.

Se podría hablar del «clan de los Zulueta», que derivaba de dos ramas de la familia: una que se afincó en Cádiz y otra en Álava. De ahí partieron hacia diferentes lugares en busca de fortuna, desde las Américas a Londres, formando diversos

emporios económicos.

El investigador José Cayuela nos habla del montante que tenía el patrimonio de Julián de Zulueta en 1864: ascendía a la enorme cifra de 104 298 643 reales, una de las mayores fortunas de la época. Otros historiadores hablan de casi doscientos millones de reales. Para que nos hagamos una idea, ese capital tan solo era comparable al que poseían viejos nobles o grandes potentados de la Península. Si atendemos a las cifras de treinta y tres cajas de azúcar por esclavo, veinte mil cajas anuales, doce máquinas de vapor y tres trenes Derosne, entendemos que la hacienda Álava en 1855 era muy productiva.

La vida personal de Zulueta fue muy diversa en lo que a matrimonios se refiere. Siempre buscando el enriquecimiento personal y el aumento de su hacienda, hizo de sus matrimonios asuntos empresariales. Su primera esposa fue Francisca Samá Mota, hija de Salvador Samá, familia de empresarios esclavistas a caballo entre Cataluña y América, aunque también tocaban el comercio de carbones de Casablanca. Más tarde se casó con sus dos sobrinas, Juliana y Juana María Ruiz de Gámiz y Zulueta, y fruto de sus tres matrimonios tuvo once hijos.

Su carácter político en Cuba siempre fue propeninsular. Lo demostró en la Guerra de los Diez Años, donde apoyó al ejército español frente al ejército independentista cubano. El problema de la esclavitud llevaba coleando desde las Cortes de Cádiz, desde que el abogado antiesclavista Agustín Argüelles presentase en 1811 una proposición para abolir la trata. El diputado cubano Andrés Jáuregui, en nombre de los latifundistas de la isla amenazó con anexionarse a Estados Unidos si la ley se llevaba a cabo. Tanto poder tenían los ricos hacendados de la isla que mantuvieron a Cuba al abrigo de la metrópoli de España, pero *de facto* eran más independientes que muchos otros países que andaban a vueltas con sus revoluciones, ya que la Capitanía General que comandaba la isla ejercía el poder de forma absoluta en favor de los azucareros y tabaqueros. Casi podríamos decir que era una colonia económica donde se les dejaba hacer a cambio de las rentas y, en contraprestación, se les protegía con un ejército que andaba cada vez más de capa caída. De todas formas, si el capitán de turno no velaba por los intereses de los grandes capitales era rápidamente depuesto por los poderes fácticos de la camarilla de Zulueta. Como afirma el historiador cubano Manuel Moreno Fragnals, el poder de Julián de Zulueta llegó a ser tan claro que podía desplazar las reuniones del capitán general a su propio palacio o fusilar a un emisario metropolitano por las peregrinas razones que tuviera a bien inventarse. Se cuenta que respondió a Blas de Villate, conde de Valmaseda: «A los cubanos hay que darles todo, menos la independencia». Realmente, en aquel momento había una camarilla, o eso registró de una de las reuniones Antonio Bachiller y Morales, que pensaba en el autogobierno de las colonias a fin de que la economía fuera más provechosa para ambas partes.

Lo cierto es que el apoyo al Gobierno español en la Guerra de los Diez Años, aun por intereses propios, le valió a Zulueta el título de marqués de Álava. Quizá no

oficialmente, pero de manera tácita, el rey le premiaba su labor contra los insurrectos.

Sin duda, Zulueta era de los que no aceptaba el más mínimo cambio en las estructuras sociales o en la política de la isla. Entendía que la manera en la que los ricos oligarcas hacían y deshacían la ley y el Estado a su conveniencia era un buen sistema. Ellos dejaban hacer a la metrópoli y controlaban uno de los comercios más importantes del mundo, y España tenía alguna renta y un problema menos. A la Corona española le salían enanos por todas partes y se estaba desmembrando definitivamente su precario imperio, aquel donde antaño no se ponía el sol. Zulueta es un personaje poco estudiado y con muchas contradicciones, aunque hace unos años Ángel González Katarain realizó un magnífico documental sobre él. A medio camino entre el conservadurismo de los siglos anteriores y los avances tecnológicos del XIX, se mantuvo en ese hilo entre el liberalismo y el caballero feudal que protegía su hacienda eludiendo al Estado. Quizá fue el hombre que llevó el capitalismo a la isla y, como no podía ser menos en un personaje así, su muerte fue accidental. En el cruce de las calles Adriani (actual José Martí) y Real (actual Gonzalo de Quesada) sufrió una caída de un caballo y posteriormente una cox de mula que terminó con su ajetreada vida en 1878. Atrás quedaban sus tejemanejes, sus conspiraciones y sus empresas, las decenas de miles de esclavos negros y los ciento veinticinco mil esclavos chinos.

Su cuerpo fue traído a España, al cementerio de Santa Isabel, ubicado en el barrio de Zaramaga, en Vitoria-Gasteiz. Un precioso cementerio que muestra grandes criptas, nichos, ángeles caídos, cada uno con sus diversas historias y sus enigmas. Una de ellas hace referencia a una gran cripta afincada en el interior del cementerio, cuyo estado actual es totalmente ruinoso. En ella, junto a otras personas, descansan los restos mortales del marqués de Álava. Su cadáver no fue enterrado en Santa Isabel hasta 1882, año que figura en la puerta de entrada de la cripta. El ángel que reposa en la parte superior de la tumba, el que señala al cielo con su brazo, tiene algún misterio que no quiere relatar, como si alguno de los que moran en sus dependencias no estuviera del todo tranquilo.

Cuentan que a una niña que vivía junto al cementerio le gustaba observar aquella figura, y que un día vio cómo el ángel señalaba a un lugareño que al poco murió atropellado por un camión, en extrañas circunstancias. Días después ocurrió lo mismo con otro hombre, un desdichado que tuvo la desgracia de morir aplastado por la cruz de piedra justo después de ser señalado por el brazo del ángel. Más tarde, la niña vio cómo la estatua la señalaba a ella. Pidió a su madre que la encerrara en su habitación y que no dejara entrar a nadie. Así lo hizo la madre, alarmada por el ataque de histeria de su hija, con tan mala suerte que cuando fue a despertarla a la mañana siguiente la niña apareció degollada y muerta a los pies de su cama. Como siempre, estas historias van pasando de generación en generación, pero, sin juzgar su veracidad, ¿qué hace que ese ángel sea tan enigmático? No hay más que darse un paseo por el cementerio y sentir cómo el vello de la nuca se nos eriza cuando caminamos junto a la cripta. Si la

miramos fijamente, la estatua parece responder a nuestra mirada. Quizá sea un efecto óptico, como el punto de luz de los retratos de Velázquez o Tiziano, que te persiguen los mires desde donde los mires. Lo cierto es que no es la mejor de las sensaciones para estar plácidamente dando un paseo en solitario.

Hay otras historias dentro de ese cementerio que han sobrevivido al paso de los años y quizá ninguna sea cierta. Pero, sinceramente, después de bucear por la figura de Zulueta, de todos los muertos que arrastra, de lo que fue su vida, quizá ese ángel sí que tenga algo que contarnos.

LA LENGUA DEL JUDÍO

Jato Tello fue un judío vitoriano que tuvo la mala suerte de vivir en una época complicada para los de su fe. Ya se sabe del odio cerval que tenían los cristianos contra los judíos, más que por haber matado a su Señor Jesucristo, por su destreza con las finanzas y los dineros, que les hacían medrar en cualquier ciudad donde habitasen. El asunto es que, con la Reconquista, los cristianos no iban a permitir que los judíos se quedaran con todo aquel poder que se les venía encima. El desmoronamiento del Imperio musulmán hacía aguas por todos lados con sus rencillas de reyezuelos, más preocupados por mantener su silla y sus pequeños latifundios que las viejas glorias pasadas de califatos imperiales. Desde el Gobierno central, con los Reyes Católicos a la cabeza, para más inri, se decretaron unas cuantas leyes en contra de los judíos y sus costumbres judaizantes que manchaban, de alguna manera, el recorrido de cristianos puros con el que querían controlar la Península. Poco se acordaban de los préstamos hechos a la Corona por judíos españoles, igual de españoles que ellos, a los que no dudaron en pedir cuando pintaban bastos.

Durante siglos se había ido generando una identidad cristiana comunitaria en los pueblos que habían quedado fragmentados entre la huida de los funcionarios romanos y la entrada del moro, al sur. España, o lo que entonces era un conjunto de tierras sin unidad política ni territorial, se debatía entre dejarse dominar u optar por la resistencia. Una resistencia que, dependiendo de la versión histórica, es tomada como hecho heroico o como simples escaramuzas. No hay más que leer los sucesos de don Pelayo en Covadonga, descritos por los musulmanes de la época, donde comentan que solo hubo un pequeño encuentro con unos bárbaros por parte de una columna de soldados expedicionaria. Sorprenden entonces los rasgos de la gran batalla que nos cuentan los libros cristianos. Más tarde, los propios musulmanes destacarían la brutalidad de los godos que vivían en las tierras altas; hecho que los llevó a aplazar la batalla para poder hacer frente a la conquista del sur del territorio.

Desde ahí, la cristiandad comenzó a aferrarse a las cruces y a los símbolos para tener algo de sustento en el pobre arraigo histórico de los nobles que habían ido medrando a golpe de escudo y espada, y que tenían el mismo refinamiento de una piara cordobesa. Y en medio, como siempre, los judíos, que no eran queridos ni en un lado ni en el otro. Ellos construyeron esa tercera España que fue utilizada por unos y por otros, pero que acabó perdiendo la jugada y fue expulsada del territorio. Pero

antes de ser expulsados, cayó sobre esos españoles la mano dura de la Iglesia, de la Corona y del odio popular.

No es de extrañar que el fantasma del pobre Tello vague por las calles de Vitoria pidiendo justicia a los próceres o a los futuros alcaldes. De hecho, la tortura eclesial y el dolor físico que purifica el alma, y hace confesar lo inconfesable, era trato constante en las cárceles de la época. En el derecho romano ya aparece esa figura como posibilidad para esclarecer una verdad sobre un delito si el acusado no confesare. O en las Partidas de Alfonso X el Sabio, como nos apunta el historiador Iñaki Bazán:

Cometen los hombres, dicen, e hacen yerros grandes e males encubiertamente, de manera que no pueden ser sabidos ni aprobados. E por ende tuvieron por bien los sabios antiguos que hicieron torturar los hombres porque pudiesen saber la verdad ende de ellos.

También cabría apuntar el analfabetismo generalizado, muchas veces también en los administrantes de justicia, y el fanatismo religioso que cegaba cualquier razón, como todos los fanatismos. No se sabe si la Iglesia utilizaba la tortura ya antes o esperó a tener la bula de Inocencio IV, en 1252, para «inquirir» a sus acusados. No sabemos si era mejor o peor que las ordalías medievales, método por el cual Dios o la Virgen, vaya usted a saber, debían interceder por el acusado mientras le daban hierro candente. Alguna vez dicen que se dio el caso. Por supuesto, los nobles, los curas o las mujeres embarazadas debían, salvo excepciones, librarse de todo aquello. Y así estuvimos hasta que las ordalías fueron prohibidas en el Concilio de Letrán, en 1215. Fueron prohibidas, sí, pero sus métodos se mantuvieron en los usos y costumbres de los que tenían que buscar la verdad, que hay costumbres que cuesta mucho abandonar.

El 1 de noviembre de 1478 el papa Sixto IV promulgaba la bula *Exigit sinceræ devotionis*. Los Reyes Católicos tenían vía libre para crear el Santo Oficio, verdadera KGB de la época, que mantenía absoluto secretismo sobre sus causas hasta con los pobres acusados, que no sabían, ni al morir, de qué se los acusaba. Con la tortura, a veces, debían afirmar tantas cosas que podrían haber sido ellos los que mataron a Cristo en persona. Por supuesto, en un país de rencillas de lindes, de envidias económicas, de «mejor yo que tú», el hecho de que el acusado permaneciera en el anonimato era de gran ayuda.

Con el pobre Trello ocurrió algo parecido, según reza en el Archivo General de Simancas del 30 de noviembre de 1485:

Con los tormentos que le distes le hicistes confesar que había dicho mal de Nuestro Señor Dios y dijo que no siendo tal cosa verdad e que luego que le quitaron del tormento revocó lo que había dicho e que luego en la misma hora le pusistes en otro más cruel tormento porque se afirmase en lo que había dicho.

En fin, lo de siempre. Que lo que bajo tortura era un sí, sin tortura era un no. Pero al pobre Tello tampoco le quedaba mucho que apelar. Un blasfemo como él recibió sus cincuenta latigazos y su lengua fue perforada con un clavo, para que no pudiese volver a hablar mal de nuestro Señor ni después de muerto. Como aviso para navegantes funcionó bastante bien.

Vayamos al caso en cuestión y sirva esto de reparo a nuestro fantasma. Los vitorianos no podían creer que el mismísimo alcalde de la ciudad, Juan Fernández de Paternina, fuera acusado por Jato Tello ante los alcaldes de la Real Chancillería de Valladolid por haberlo procesado y condenado injustamente. Todo comenzó en julio de 1485, cuando se detuvo a Tello por orden del alcalde Paternina por «delito de blasfemia y reniego de Dios». Él negó la mayor, pero no le sirvió de nada. La tortura que estaba de moda en la época era la introducción de agua mientras el reo estaba boca abajo, atado de pies y manos. Imaginamos que Tello, hombre no instruido en el aguante militar, tampoco tardó mucho en confesar absolutamente todo, aunque fuera mentira. Él mismo, como cuentan las crónicas que se guardan en Simancas, calificó su tortura como «la más fuerte, terrible y cruel». Aunque luego, cuando ya estaba tranquilo, pero aún dolorido en la celda, volviera a decir que realmente él no había hecho nada.

El alcalde decidió dictar sentencia sin esperar a un tribunal superior y lo condenó a los comentados latigazos, al clavo y a la pérdida de todos sus bienes. Por supuesto, como todavía hacen en China, cuando un desdichado es condenado a muerte, tuvo que pagar él mismo las costas de la fiesta. Hay que reconocer al alcalde cierto ánimo de clemencia cuando le acortó la pena de cien a cincuenta latigazos, o en el detalle de la lengua, que le fue cortada de raíz y clavada en la plaza del Machete, para escarnio público.

Si nos adentramos en la legislación de la época, encontramos lo que probablemente sea una de las causas de tal acusación. Hacía unos años, en 1462, Enrique IV de Castilla promulgó en Toledo:

Cualquiera que blasfemara de Dios o de la Virgen María, en nuestra Corte o a cinco leguas alrededor, que por el mismo hecho le corten la lengua, y le den cien azotes públicamente por la justicia; y si fuera de nuestra Corte blasfemare en cualquier lugar de nuestros reinos, córtenle la lengua, y pierda la mitad de sus bienes, la mitad de ellos para el que lo acusara, la otra mitad para la Cámara.

El alcalde, antes de que el judío recurriese a su derecho de protestar ante un tribunal superior, el de Valladolid, se apresuró a dictar sentencia y hacer el espectáculo por la vía rápida. Montaron a Tello en un mulo con una soga de esparto en la garganta y recorrió así la distancia desde la cárcel municipal hasta la plaza del Machete, mientras el pregonero explicaba a los vecinos los males que había infligido el penado. Aunque recibió los azotes correspondientes, en lugar de traspasarle la lengua con un clavo, por petición popular, le fue cortada para evitar más dolor y fue colgada en un poste de la plaza, como mandaba la tradición.

Podríamos pensar que el alcalde quería quedarse con las propiedades del desdichado judío sin más, pero no fue solo así. La mitad de sus bienes pasaron a la Hacienda Real, y la otra mitad se empeñó para hacer un paño de excelente calidad con el que cubrir a Cristo o a la Virgen en las procesiones de la ciudad. Por aquel entonces la más importante era la procesión del Corpus Christi. Las costas del pleito se pagaron con las ropas del propio Tello, que debían de ser de calidad, y así se sentenció el 20 de julio de 1485.

Como si de una de las grandes producciones de Hollywood se tratase, la mujer de Tello, Buenventura, había decidido reclamar la apertura del proceso en el Tribunal Superior de la Real Chancillería de Valladolid. El abogado de Tello reclamó la reparación del daño infligido y acusó al alcalde de haber tomado una decisión que no le correspondía. El 30 de noviembre de 1485, el Consejo Real escribió al alcalde Paternina para comunicarle que debía aclarar el procesamiento de Tello y que, en caso de negarse, sería declarado rebelde a la Justicia. Aun así, temiendo Tello los contactos del alcalde en Vitoria y el odio antisemita, escribió a los Reyes Católicos pidiendo un escrito por el cual quedaran protegidos tanto él como su familia. Esa carta fue otorgada el 2 de diciembre de 1485 y fue pregonada en las plazas y calles de la ciudad.

Al año siguiente, quizá demasiado tiempo después, el 20 de julio de 1486, los jueces emitieron el fallo por el cual anularon el juicio realizado a Tello por Juan Fernández de Paternina y revocaron su sentencia. Después absolvieron a Tello de toda culpa y ordenaron que su «honra y buena fama en que se encontraba antes y al tiempo que la dicha sentencia fuera ante él pronunciada». Tello recuperó su hacienda y Paternina fue condenado a abonar la costa del juicio, unos siete mil quinientos maravedís, mediante el pago en metálico, el embargo de sus bienes o la entrada en la cárcel hasta satisfacer la deuda. La sentencia también promulgó:

Pregonara públicamente en la dicha ciudad y por las plazas y mercados acostumbrados que ninguna ni algunas personas no sean osadas de decir al dicho Jato Tello ni a su mujer ni hijos que fue azotado ni enclavada su lengua ni otra mengua ninguna referida a la justicia que de él fue hecha en la dicha ciudad por mandamiento del dicho Juan Fernández de Paternina alcalde, bajo pena de dos mil maravedís cada vez que lo dijeren.

Como bien lanza la pregunta Iñaki Bazán en su magnífica investigación sobre los hechos, ¿por qué el alcalde hizo lo que hizo? Muy sencillo, por animadversión manifiesta. Por envidias y por odio a los judíos. Pero hay que entender el contexto en el que estaban los cristianos y judíos vitorianos, cuya convivencia, como en toda España, se estaba resquebrajando e iba a tener un mal final siete años después.

Se pensaba entre los incultos cristianos que los judíos, aparte de haber matado al Hijo de Dios, hacían magia negra con los niños, quizá por aquello de la circuncisión. Además, la habilidad judía en el manejo del dinero no gustaba en general a los que tenían que pedir y devolver. Y el acopio de propiedades que solía tener la población

judía generaba envidias, dimes y diretes. Un caldo de cultivo que convirtió a los judíos en centro de insultos, robos y odios.

Luego vinieron las señales identificativas, las prohibiciones, el aislamiento del barrio judío de Vitoria mediante un muro, el asalto a la sinagoga. Tanto fue así que los Reyes Católicos volvieron a pronunciarse en julio de 1488 en favor de los judíos de Vitoria para que la gente no se tomara la justicia por su mano:

Eran [los judíos] muy maltratados por los vecinos y moradores de la dicha ciudad de Vitoria, apedreándolos y descalabrándolos por las calles, donde andaban injusta y no debidamente, y diciéndoles muchas menguas y deshonras sin ninguna causa. Y aún yendo de noche por la judería después que los judíos son encerrados en sus casas y quebrántales las ventanas a pedradas. Y que lo peor era que había ocurrido estando los judíos en su sinagoga haciendo oración, entraron los cristianos arrebatados donde estaban las judías y escupirlas y darles de puñetazos y coces, de tal manera que los dichos judíos y judías no osaban estar en su judería ni vivían seguros. En lo cual todo dice que habían recibido y recibían mucho agravio y daño.

Por fin, se produjo la expulsión. La judería se convirtió en la calle Nueva, llegaron los conversos. Los que quedaron sufrieron el acoso y persecución de las gentes. Como la familia Sánchez de Bilbao: Juan, el hijo, fue asesinado en el valle de Álava; su padre, Pedro, fue condenado en efigie en 1494, aunque hubiera muerto en 1473.

Sin duda, no es de extrañar que la voz del fantasma del mudo Tello nos ataque cualquier noche por la plaza de la Virgen Blanca, o por las calles de la antigua judería.

Por último, y a modo de posdata, hay quien dice que una antepasada de Camilo José Cela se llamaba María Xato, o Jato, que eran procedentes de la judería de Monforte de Lemos. Quizá esto explique por qué Cela fuese parte de la dirección de la Asociación de Juderías Sefardíes de España.

NOTAS

—

[1] Un pasaje muy conocido que llevó al cine Pedro Lazaga en 1956, con Antonio Prieto y Germán Cobos en el papel de la pareja de guardias civiles encargados de llevar al Sacamantecas desde León, donde fue apresado, a Vitoria. Un viaje de unos cuantos kilómetros donde Fernando Sancho nos muestra el marco dramático de una buena interpretación: el humilde campesino convertido en un despiadado asesino. La novela de Tomás Salvador nos narra ese viaje. <<

[2] A partir de 1762 se realizó el día 1 de enero, siendo el último juramento el prestado por Nicolás de Urrechu en 1841. <<

[3] «El soldado inglés es la escoria de la Tierra, se alista por un trago». <<

[4] Algunos dicen que era su tío, otros que era su primo. <<

[5] El subgobernador de Colón interceptó el vapor Cicerón, propiedad de Zulueta, con mil ciento cinco esclavos en su interior. <<

[6] En su discurso de 1870 apeló a los diecinueve siglos de cristianismo para acabar definitivamente con la esclavitud. <<